
PAULA RIVERA DONOSO
El idioma de los dragones

El idioma de los dragones

Paula Rivera Donoso



Primera Bandada
Colección *Alicanto*
Edición: Daniela A. Sánchez y Eduardo Graells-Garrido
Corrección de Estilo: Elisa Morales Giménez
Ilustración de Portada: Sebastián Franchini (@sebazebes)

A mis grandes maestros de Fabularia, porque a ellos debo mi vida y todas mis palabras

El idioma de los dragones

La princesa valiente

Había una vez una niña que era también una princesa. Era la hija única de dos reyes ya mayores, por lo que su nacimiento fue recibido como una gracia del cielo. Desde entonces, no hubo nadie que no tuviese algo que decir de ella. Eran todas cosas buenas, por supuesto: la niña, a ojos de quien la mirase, era la semilla más valiosa del reino, y todos los súbditos tenían mucha curiosidad por ver de qué manera germinaría con la edad.

En cambio, sus padres, los reyes, insistían en formar a su hija como un reflejo de todo lo que ellos no habían podido ser.

—Escucha bien, bruto esposo mío, a ver si me entiendes esta vez —decía la reina, a quien los años le habían arrebatado la escasa hermosura que había lucido en sus carnes juveniles—. Hemos tenido la fortuna de engendrar una niña preciosa, que con el tiempo llegará a ser una mujer irresistible. Príncipes y héroes del mundo entero estarán dispuestos a cumplir con las más insólitas proezas para ganarse el derecho a pedir su mano cuando crezca. Así sabremos que la uniremos en matrimonio al mejor de los candidatos: el muchacho más guapo, más rico, más intrépido, más poderoso. Por ello, si enseño bien a la pequeña a cultivar y potenciar sus bellezas naturales, no habrá corazón masculino que no se derrita ante sus encantos.

—¡Qué dices, frívola esposa mía! —decía entonces el rey, a quien ni las largas décadas que llevaba estudiando en el trono le habían servido para cultivar su inteligencia reseca—. Hemos tenido la fortuna de engendrar una niña despierta, que con el tiempo llegará a ser una mujer culta y sabia. No tenemos por qué entregar nuestra única hija a un muchachito aprovechado, salido de quién sabe dónde, cuando aún hay tanto que hacer en estas tierras. Por ello, si educo bien a la pequeña y fortalezco su intelecto, sabrá administrar el reino con elegancia.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo vas a educarla en la administración del reino cuando ni tú mismo has sido capaz de sacarles provecho a estas tierras durante todos estos años? ¡Eres un viejo tonto!

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo vas a educarla en el cultivo de su belleza cuando ni tú misma has sido capaz de disimular tus imperfecciones con tus afeites y vestidos caros? ¡Eres una vieja fea!

La princesa, que oía los gritos desde dondequiera que se encontrara en el castillo, se preguntaba con tristeza por qué sus padres se peleaban tanto a causa de ella. Lo único que se le ocurría para evitar esas discusiones era tratar de complacerlos a ambos por igual. Redoblaba entonces sus esfuerzos por encontrar el vestido perfecto para cada ocasión y aumentaba la pila de libros para estudiar lecciones avanzadas.

Pero sus padres seguían discutiendo. Así fue como terminó entendiendo que habían dejado de quererse, si es que lo hicieron alguna vez.

Lo pensaba mucho esas mañanas que pasaba en el ropero real con la reina, probándose los vestidos que sus modistos confeccionaban exclusivamente para ella.

—Madre, el corsé del vestido me aprieta mucho. Siento que me estoy ahogando —le decía a veces la niña, con la voz sofocada.

—Para ser bella hay que ver estrellas, querida —respondía la reina sin mirarla, mientras seguía empolvándose el rostro ajado.

«Pero yo no quiero ser bella», pensaba la niña, con las lágrimas arruinándole el maquillaje. «Las únicas estrellas que quiero ver son esas que resplandecen en los cielos más allá de las luces del castillo y que tú no me dejas conocer. ¿Por qué no puedes entender que yo soy distinta a ti, madre?».

También lo pensaba mucho esas tardes que pasaba en la biblioteca real, leyendo y tomando notas de libros interminables sobre los más diversos aspectos: botánica, economía, leyes y agricultura.

—Padre, estoy cansada y aburrida. Siento que me voy a quedar dormida —le decía a veces la niña, entre bostezos.

—El que quiere celeste, que le cueste —respondía el rey sin mirarla, mientras seguía apilando libros sobre la mesa.

«¡Pero si el celeste que yo quiero es el del cielo bajo el cual podría estar ahora jugando!», pensaba la niña, con las lágrimas borroneándole la tinta de los apuntes. «Las páginas que debo estudiar

son siempre amarillentas, viejas y sucias. Huelen a encierro y están llenas de palabras muertas. Allá afuera, en cambio, están los bosques que tú no me dejas explorar, perfumados y llenos del sonido silvestre de sus animales. ¿Por qué no puedes entender que yo soy distinta a ti, padre?».

Solo por las noches la princesa podía ser quien de verdad quería ser. Entonces, cuando la oscuridad descendía sobre el reino, la niña al fin se sabía lejos de la tortura de sus padres. Y ahí, arropada entre las ropas de cama, esperaba con entusiasmo su momento favorito: la llegada de su nodriza y del cuento que esta portaría entre sus labios.

La niña abría mucho sus ojos cuando oía las suaves palabras de la nodriza. En ocasiones, cuando los cuentos llegaban a un punto decisivo, como el enfrentamiento contra un ogro o la elección de un camino en un laberinto, sus manos temblaban. La nodriza hacía desaparecer la habitación de la princesa con el solo poder de su voz, reemplazándola con las bellas y terribles visiones de sus historias, como los grotescos cuerpos deformes de los ogros, los árboles más grandes que montañas, las manos manchadas de barro o de sangre de los niños, y también la fiereza de sus miradas cuando empuñaban espadas o cabalgaban en caballos alados.

Bajo la voz llena de dulzura de la nodriza, hasta las acciones más convencionales se transformaban en dolorosos anhelos para la niña, porque ni a esas vivencias tenía acceso la pequeña: detenerse a oler las flores de la primavera, caminar por los campos dorados por el sol del verano, ocultarse en las coloridas hojas del otoño o protegerse de los fríos azotes del invierno abrazando a un animal amistoso.

Desde luego, no todo era belleza. Unas sombras más oscuras y frías que las de la noche se cernían siempre sobre aquellas regiones de Fabularia, la tierra de las historias, y solo aquellos niños imaginarios podían hacerles frente. Pero, ¡ay!, cómo se abrían sus carnes cuando los aceros de espadas malditas caían sobre ellos o cuando las fauces de las bestias contaminadas les desgarraban la piel. La niña a veces no podía evitar que las lágrimas le anegaran los ojos oyendo cómo esas criaturas malignas herían a los pequeños, y sufría pensando que no podía hacer nada para ayudarlos. Solo podía confiar en que las

palabras de la nodriza, ahora pronunciadas con un acento de pánico y tristeza, los rescataran del dolor y de la muerte.

Y siempre era así, porque la nodriza decía que las verdaderas historias, incluso aquellas en las que pasaban cosas horribles, debían tener un final feliz.

—Para eso contamos y oímos historias, excelencia —le decía la anciana, cuando la niña lograba tragarse el llanto que le había subido a la garganta, una vez finalizado el cuento—. Para consolarnos de esta tristeza tan grande que es la vida humana, carente de respuestas para todas esas preguntas que nos nacen por el solo hecho de existir. Tal vez nunca lleguemos a encontrar el sentido de nuestra existencia, pero las historias nos hacen creer que la bondad y la esperanza son posibles en nuestro mundo, y eso ya es suficiente.

Acaso por eso, pensaba entonces la niña, ella amaba aquellos cuentos. Es verdad que la hacían sentirse nerviosa, asustada o triste, pero la promesa de esa alegría definitiva que venía junto con la palabra «fin» hacía que todas esas oscuras emociones se iluminaran en su corazón.

Los cuentos, al hablarle de experiencias muy distintas a la suya, la consolaban de aquella horrible vida de princesa, rodeada de gente que no la amaba porque nunca se había dado el trabajo de conocerla de verdad.

Ahora bien, los cuentos producían también otros efectos en ella, unos que la niña no sabía cómo explicar. Para empezar, la hacían sentirse identificada con los niños protagonistas, aunque no sabía el porqué. Ellos no tenían nada que ver con ella: solían ser niños huérfanos y pobres, niños a los que nadie conocía y a los que nadie valoraba. La princesa, en cambio, vivía con sus padres y poseía todas las riquezas de su reino: las arcas repletas de doblones de oro, las minas de donde se extraían minerales y piedras preciosas, e incluso las enormes extensiones de tierra que quizá volverían a ser fértiles otra vez. A ella la conocían todos los súbditos de la corona y era apreciada por todos, al menos en su figura de princesa.

Los niños de las historias parecían seres miserables, pero sus tristezas y sus alegrías eran más intensas que cualquier emoción que la

princesa hubiera conocido en su realidad. Ellos salían a recorrer el mundo, mientras que ella ni siquiera tenía permiso para adentrarse en todos los salones del castillo.

Por otra parte, aunque los cuentos la llenaban de dicha, también le hacían daño. Cada mañana, al despertar, la princesa se descubría una vez más entre las colchas de su cama. Sabía que del otro lado de las paredes de su habitación la aguardarían las nuevas exigencias de sus padres, cada vez más difíciles de cumplir. Ante semejante panorama para el día, las historias de Fabularia quedaban tan relegadas al dominio de la noche y de los sueños que casi le parecían irreales. ¿De verdad había estado hace tan solo unas horas oyendo con pavor, fervor o alegría las palabras de la nodriza? ¿No habría sido todo una ilusión de su mente desesperada? Sus temores solo se disipaban a la noche siguiente, cuando era el turno de adentrarse en un nuevo cuento. Pero entonces le tocaría volver a despertar a una nueva mañana llena del horror de lo cotidiano, y así, una y otra vez, como una herida recién sanada que estuviera condenada a abrirse y cerrarse constantemente.

¡Oh, cuánto deseaba interrumpir ese doloroso ciclo y poder vivir ella misma una aventura como la de aquellos cuentos! Porque en Fabularia, la tierra de las aventuras, todo niño era un héroe en potencia y los miembros de la realeza se preocupaban de las cosas verdaderamente importantes.

Pero no podía. Los súbditos la veían como un milagro divino que seguiría trayendo la buena fortuna a su reino; su madre, como una potencial belleza absoluta; y su padre, como la futura monarca. Ella sabía que nunca sería nada de eso. Aquel era su gran secreto, lo que nadie quería escuchar: no era lo suficientemente milagrosa, ni bella ni inteligente como todos creían.

«Soy incapaz de cambiar mi vida», se dijo una noche, cuando su nodriza se había marchado. Las visiones del último cuento aún recorrían su habitación, pero ella no podía encontrar consuelo en ellas. «Sé que deseo cambiar todo, pero no tengo la fuerza ni la voluntad para hacerlo. No sé por dónde empezar, me siento sola y débil. No tengo bendiciones que entregar, ni hermosura con la que

deleitar ni sabiduría con la que guiar. Solo tengo miedo y tristeza. Soy una princesa cobarde».

A la mañana siguiente, el maquillaje le escoció en los ojos hinchados y las letras diminutas de los libros antiguos le bailaron ante la vista cansada. Para su sorpresa, nadie se dio cuenta. Poco sabía la pequeña que los más intensos sollozos, los que se lloraban por las angustias verdaderas, eran invisibles para aquellos que jamás habían conocido el dolor de las historias.

Aquella fue la primera noche realmente importante en la vida de la niña, porque le hizo comprender su identidad como princesa cobarde. Pero la segunda noche valiosa no tardó en venir, esta vez de la mano de una nueva historia. Una princesita había perdido su corazón siendo muy pequeña, por razones que el cuento no había querido contar, y no era ya capaz de sentir emociones. No reía, no lloraba, no temía: apenas podía decirse que vivía, a pesar de que su cuerpo estuviese en perfecto estado de salud. Cada día, contaba la nodriza, le parecía igual a los otros. Lo único que cambiaba eran las luces de su mundo: cálidas y doradas por la mañana y la tarde, y frías y platinadas por la noche.

Pero un día, de la nada, la princesita había oído una voz misteriosa que la instaba a ir al bosque. ¿Qué era un bosque? La princesita nada sabía: había vivido siempre entre las paredes de oro de su palacio encantado, donde sirvientes mudos la cuidaban y le servían a todas horas. Solo buscando entre los libros de la biblioteca real había encontrado una respuesta: un grupo de árboles. ¡Ah, pero los jardines de su palacio ya tenían muchos árboles! Uno tras otro, en ordenada hilera, los árboles frutales adornaban con sus colores las afueras de su hogar. La voz volvió a hacerse presente en su oído para responderle que eso no era un bosque. El bosque no podía ser organizado por mano humana ni su utilidad reducida a un adorno. El bosque estaba más allá de cualquier muro y era sucio, salvaje, peligroso. Era la fuente misma de la vida, el lugar donde se ocultaba su corazón perdido, robado tiempo atrás.

La princesita del cuento, incapaz de sorprenderse ante estas revelaciones, decidió de todos modos buscar este bosque: había

entendido que algo que había sido suyo yacía escondido en esas extrañas tierras; su deber era recuperarlo.

Así que allí se internó, paso a paso. Abandonó la comodidad de los lujos del palacio hasta que el resplandor dorado no fue más que una chispa que pronto hubo de apagarse en la distancia. Mientras, la voz se hacía cada vez más fuerte en su conciencia, orientándola. Era una voz que a la princesita se le hacía tan familiar que comenzó a incomodarse, y esta sensación de incomodidad no tardó en volverse miedo. De esta forma, extraviada entre la senda confusa de los árboles de copas y ramas enmarañadas y los tiernos brotes de emociones, la princesa logró encontrar un cofre viejo y enmohecido.

Sus manos comenzaron a temblar. Todo cofre escondía en su interior un tesoro, eso todo el mundo lo sabía. Sus arcas estaban llenas de riqueza: ella no necesitaba más tesoros. ¿Por qué entonces su cuerpo reaccionaba de forma tan extraña? La voz, ya totalmente desatada, le gritaba cosas ininteligibles, resonando en todo su menudo cuerpo.

—Por fin, la joven consiguió abrir el cofre —continuó la nodriza, tras una pausa. La niña aferró con todas sus fuerzas la frazada de su cama, hasta que sus nudillos palidecieron. Su propio corazón le latía con violencia, como un tambor que anunciara la llegada de algo importante—. Adentro descansaba su corazón, por tanto tiempo encerrado y olvidado. La princesita lo abrazó hasta que se le metió al pecho y ocupó su lugar de antaño. Entonces rompió en llanto, porque ahora volvía a recordar todo lo que su memoria había extraviado: la gracia de las risas estruendosas, la peculiar belleza de un rostro entristecido, la estremecedora faz de la máscara del miedo. «Ahora por fin vuelvo a vivir», se dijo la princesita. «Ahora por fin sé lo que es la verdadera vida: encontrar en lo profundo del bosque ese corazón mío que preserva todo lo que he olvidado».

»Desde entonces —concluyó la nodriza—, la princesita nunca más volvió a dejar de sentir. Y toda vez que el mal rondó su palacio para hacerla caer nuevamente en el olvido, la voz estuvo ahí, para guiarla nuevamente al bosque, donde siempre habría de encontrar el camino de regreso a su propio corazón.

»Y por Fabularia y sus hados, este cuento se ha acabado. Fin.

Tras acabar con la historia, el silencio se cernió en torno a anciana y niña, como siempre que culminaba un cuento. Pero esta vez hubo algo diferente: de la misma forma que la princesita del relato al encontrar su corazón, la princesa cobarde estalló en un inconsolable llanto. La reacción la espantó, porque no sabía qué haría la nodriza al verla así. Que ella recordara, nunca había mostrado sus lágrimas a nadie. Temía que la mujer se asustara a su vez y llamara a los reyes. Sabía que, si hacía eso, ellos podrían condenarla a pena de muerte por hacer llorar a su hija, y ella no quería que le pasara nada a la nodriza por su culpa. Pero no podía contener las lágrimas ni los sollozos.

La anciana la miró en silencio por algunos segundos y luego la contuvo entre sus brazos.

—Está bien, chiquita. Está bien —le repitió, hasta que la niña dejó de llorar.

—¿Qué me ha pasado? —le preguntó entonces la princesa, con la voz aún quebradiza. Se sorprendió de ver los ojos humedecidos de la mujer.

—Cuando una historia nos habla a lo más profundo de lo que somos, se vuelve verdadera en nuestra alma. Esto es lo que te ha pasado: esta historia le ha hablado a la persona que eres en realidad. No has llorado por tristeza, sino de alegría, porque te has encontrado a ti misma a través de mis palabras. Y eso es el regalo más grande que puede recibir una cuentacuentos como yo.

La princesa entonces tuvo un raro presentimiento, como si una voz similar a la de la princesita del cuento le hubiera susurrado una revelación en su oído.

—Tú has estado en Fabularia. Tú viste esa historia.

La anciana asintió.

—Yo la viví, pequeña.

La niña echó atrás las colchas de su cama y se irguió, cuan larga era. Solo vestía su camisa de dormir y los vientos nocturnos arreciaban, pero no le importó.

—¡Enséñame a ir al bosque! Yo también quiero encontrar lo que he perdido. Quiero dejar de ser una princesa cobarde. Quiero salir del

castillo a recorrer el mundo, al igual que todos los niños de las historias que me has contado. Quiero vivir cada estación en la piel desnuda, enfrentarme a las bestias y a la maldad, recuperar todo lo que pueda ser recuperado. ¡Quiero encontrar mi destino y ser la protagonista de uno de tus cuentos! Dime, ¿qué debo hacer?

La nodriza miró por la ventana, sin contestar. Parecía estar observando algo, pero afuera estaba muy oscuro y la niña no pudo imaginarse lo que podría estar viendo.

—Mañana no te traeré un cuento: te ayudaré a comenzar tu propia historia. Para entonces, debes prepararte para dejarlo todo sin decir adiós. ¿Crees que puedas hacerlo?

La princesa asintió. Aún sentía que el miedo la dominaba, pero ya no podía dar marcha atrás. La nodriza le entregó algunas instrucciones precisas y luego, tras darle las buenas noches, se marchó como siempre.

Esa noche, la niña soñó con un bosque, y la visión la acompañó durante todo el resto del día siguiente.

La víspera del escape salió perfecta. Según el plan, la princesa fingió haber cogido un resfriado incipiente y solicitó irse antes a dormir para recuperar las fuerzas y estar mejor al otro día, sin necesidad de que llamasen aún al curandero. Los reyes, curiosos pero a la vez no demasiado interesados, le concedieron el permiso.

Mentir la confundió, porque siempre había sido obediente y sincera con ellos a pesar de lo mucho que la hacían sufrir. Sin embargo, ya entendía que a veces las historias necesitaban comenzar con una mentira que luego pudiera transformarse en un tipo superior de verdad.

Al llegar a su cuarto, tal y como esperaba, encontró a la nodriza, que le tenía preparado el equipaje con el que saldría al mundo.

—¿Estás lista?

La niña respondió que sí con la cabeza: las palabras se le habían embrollado en la garganta. Además del miedo, que insistía en paralizar sus movimientos, sentía que a pesar de todo extrañaría mucho a sus padres. Aunque sin duda el mayor dolor era la certeza de

que la nodriza no habría de acompañarla en aquel viaje.

—¿Princesa…?

—¡Estoy lista, nodriza! —exclamó al fin la pequeña, tras tragarse el miedo y la nostalgia que le estaba subiendo por el pecho.

—Entonces, querida, por Fabularia y su hado, esta historia ha comenzado —y comenzó a recitar—: «Había una vez una princesa cobarde que…».

El relato quedó en suspenso, pero la niña no se inmutó: sabía que ahora serían sus propias acciones las que irían narrando la historia, su propia historia.

Ahora estaba en el mundo exterior y el mundo exterior era enorme.

Tras el castillo se extendía un camino que daba a una aldea. La nodriza le había advertido que no fuese por él, pues su llamativa presencia podría alertar a los viajeros. En el mundo real, rara vez había niños pequeños que deambularan por los senderos y, cuando los había, eran criaturas famélicas que salían solo para mendigar o robar. Pero ella estaba sana y la belleza y gracia de su porte eran distinguibles aún por debajo de la capucha azulada que llevaba encima para ocultarse. Por eso debía apartarse del camino principal y avanzar entre la maleza y los árboles de los flancos.

Aunque se le hiciera extraño, el mayor peligro de su aventura no parecía que fuese a estar en los riesgos de la naturaleza y sus misterios, sino en lo conocido. Toparse con un inofensivo y cariñoso mercader podía llevarla de vuelta al encierro del castillo y a la tiranía de sus padres. ¡Más le valía encontrarse con una bestia de escamas y fuego!

Llevaría ya algún tiempo caminando cuando la niña se sintió desfallecer y tuvo que sentarse a descansar bajo la sombra de un árbol. ¡Tamaña fue su sorpresa al vislumbrar entonces, a la distancia, la inconfundible figura de las altas torres del castillo! Pensó que había avanzado lo suficiente como para haber dejado atrás cualquier sombra de la cárcel de la vida que había abandonado. No fue así: estaba apenas un poco más lejos que antes.

En las historias, los niños podían avanzar muchísimo en pocas horas

o soportar extensas jornadas de caminata que duraban más de un día. Cierto era que a veces la nodriza se detenía para narrar también las penurias de sus viajes, pero por lo general estas no eran más que anécdotas o pausas entre los conflictos o episodios verdaderamente importantes de los cuentos.

A la niña ahora le sorprendía descubrir cuán duro era el acto de viajar por el mundo siendo tan solo un ser humano pequeño y frágil. Llevaba consigo un morral repleto de provisiones, ungüentos y vendas, e incluso un abrigo para las frías noches, pero de pronto todo le parecía insuficiente. Nada podía aliviar el dolor de sus finos pies, poco acostumbrados a moverse mientras yacían enfundados en las botas recias que la nodriza le había entregado como reemplazo de sus inútiles zapatos de cristal. Tampoco podía vencer la modorra que comenzaba a bajarle el telón de los ojos, cuando la noche empezaba a declarar su sombrío esplendor.

Agotada y adolorida, la princesa se preparó para dormir. ¿Qué más podría haber hecho? No sabía desplazarse en la oscuridad y no llevaba lámpara alguna en su equipaje. Temía que la vida animal nocturna pudiera arrojarse sobre ella, convertida de pronto en una presa apetitosa. El cansancio que sentía era grande, así que tendió torpemente sus mantas y se envolvió muy bien en ellas, como si pretendiera volverse invisible ante los peligros, ante la noche misma.

Aunque el pasto estaba húmedo, las mantas eran abrigadoras y suaves. Sin embargo, la princesa no conseguía conciliar el sueño. La noche, que ella siempre había conocido como una negrura silenciosa apenas interrumpida por la voz de su nodriza, ahora se le descubría como un nuevo mundo. A lo lejos podía oír una melodía desconocida, la de la sinfonía de la oscuridad: decenas de grillos que cantaban al mismo tiempo, hojas de árboles crujiendo bajo el viento, pájaros nocturnos llamándose de rincón a rincón. La brisa nocturna venía cargada de los olores agrestes de la naturaleza, despertando su cuerpo a la urgencia del misterio.

La princesa aún recordaba cada una de las historias que le había contado su nodriza, y muchas de ellas, tal vez demasiadas, hablaban de las numerosas vidas que despertaban por las noches al son de

tonadas orquestadas por la naturaleza viva. Ello la estremeció. Ahora sabía que *algo* —¿un lobo, un ogro, un dragón?— se había despertado en el bosque, al igual que en aquellos cuentos. Pero, a diferencia de lo que pasaba en ellos, ella misma no era como los niños de Fabularia que tanto admiraba. Lo que había alcanzado a cubrir en su viaje, apenas una caminata, no había conseguido hacer de ella una heroína. Por el contrario, solo le había revelado lo patética que era como niña. ¡Jamás podría enfrentarse a los peligros de la noche y menos aún vencerlos!

¿A quién había querido engañar? La nodriza debía estar equivocada: en el mundo real ya no había espacio para la belleza ni la esperanza; tampoco para el triunfo del bien. Las historias no eran más que un consuelo, y ahora todo indicaba que serían también su perdición.

La princesa se echó a llorar, avergonzada y aterrada, ya sin poder contenerse. Lloró tanto que creyó quedarse sin lágrimas. De estar en una historia, toda esa agua salada se habría vuelto un mar y habría podido irse lejos de allí, lejos del castillo y sus torres, lejos del bosque y sus peligros, lejos de la noche misma.

En eso, la niña escuchó unos sonidos que perturbaban la armonía de la sinfonía nocturna, aunque poseían su propio ritmo y aun su propia belleza. Si al menos había logrado identificar la procedencia de cada instrumento en aquella composición con elementos de la naturaleza, ahora se sentía desconcertada: nada de esa nueva tonada le parecía conocido. A pesar de ello, ¡ay!, era tan cautivante.

La princesa se encontró alzándose de su improvisado lecho y encaminándose rumbo a la fuente de aquellos sonidos misteriosos. Había comenzado a llorar otra vez, pero como ya no tenía más lágrimas que derramar, fue arrastrándose entre gemidos rumbo a la espesura del bosque. Era como si algo o alguien le hubiera arrojado encima un lazo invisible e irrompible y ahora la estuviera atrayendo hacia sí.

La niña siguió avanzando a trompicones, tropezándose con los desniveles de la tierra, arañándose el cuerpo con los espinos y golpeándose con las ramas más bajas de los árboles, hasta que comenzó a distinguir unas lucecillas entre el follaje. No podían ser

estrellas, pues el bosque adquirió tal espesura que su oscuridad parecía aún más intensa que la del cielo nocturno. Además, las estrellas emitían destellos blancos, y estas luces eran de una tonalidad más bien dorada. ¡Incluso se movían! ¡Y muchísimo!

«Como si tuvieran vida propia», se dijo la niña, asombrada dentro de su pavor.

Mientras más hondo penetraba en el bosque, más fuerte y claro iba haciéndose el extraño sonido, y más brillantes y abundantes se volvían las luces. Por fin, cuando una de ellas voló lentamente alrededor de su rostro, la niña pudo reconocerlas: eran luciérnagas, bichitos de luz que a veces poblaban los caminos de la noche. Y aunque a ella nunca le habían gustado los insectos, descubrir su compañía la hizo sentirse mucho mejor. No estaría sola cuando le tocara verse de frente con aquel ser desconocido que parecía esperarla allí, aún más en lo profundo.

Hasta que al fin llegó al corazón del bosque: un claro gigantesco colmado por un enjambre de luciérnagas danzarinas. Gracias a su luz, la princesa logró distinguir a su encantador: un dragón enorme, tan grande que le pareció imposible que la figura de su especie hubiera podido ser contenida en un cuento, por más extensa y magnífica que fuese su factura.

La princesa se detuvo al fin, boquiabierta. ¡Un dragón! ¡La criatura más maravillosa y más temida de las historias, nada menos que frente a ella, la princesa cobarde! Supo que había sido llevada a una muerte horrible, pero extrañamente había dejado de sentir miedo. Incluso, de haberle quedado más lágrimas, habría vuelto a llorar, esta vez no de temor, sino de alegría. ¡Estaba viendo un dragón! ¿Qué importaba morir ahora? Moriría con el recuerdo de cada una de aquellas bellas historias tintineándole en el corazón, tras descubrir que ellas podían ser reales más allá de la voz encendida de una cuentacuentos añosa. Moriría allí, a la intemperie, como una niña de Fabularia, y no encerrada entre los libros desechos y los vestidos emperifollados del castillo.

De pronto la princesa comprendió que no tenía sentido tener miedo. El dragón sería su asesino; también sería su liberador. ¿Iría a

desperdiciar sus últimas horas de vida ahogada en sus temores, en lugar de intercambiar al menos unas pocas palabras con tan fascinante criatura?

—¿Quién eres tú y de dónde has salido? —le preguntó la niña.

El dragón, que hasta entonces había estado echado con los ojos entrecerrados, se irguió perezosamente y bostezó con una llamarada de fuego. El bosque entero pareció temblar bajo sus gestos.

—¿Quién soy yo, pequeña? ¿De dónde he salido? —El dragón bufó, exhalando un hálito que a la princesa le recordó el aroma de una flor marchitada entre las páginas de un libro —. Parece que no te han contado muchas historias. Si lo hubieran hecho, sabrías que los que hacen siempre las primeras preguntas son los dragones y que estos nunca te revelarán ni sus nombres ni sus patrias.

La niña pensó en las historias de la nodriza y se sintió ofendida por las engreídas palabras del dragón.

—Sí me han contado historias y más de las que te puedas imaginar —le contestó—. Precisamente por eso sé que una niña nunca debe hacerle caso a las pretensiones de un dragón.

La bestia resopló y fue como si hubiera dejado escapar una breve carcajada.

—Vaya, vaya. Y yo que pensaba hacer arder todo este reino, creyendo que solo lo habitaban un montón de imbéciles. Veo que no es así, que al menos hay una cría humana que vale la pena. Aunque ya es un poco tarde para echarse atrás, ¿no crees? Seguro que conoces por tus historias que los dragones, cuando nos encaprichamos con algo, seguimos tras ello cueste lo que cueste.

—¿Que ibas a hacer qué…? —La niña comenzó a temblar otra vez, bajo un miedo nuevo, uno que sin embargo estaba lejos de paralizarla —. ¡Ibas a quemar el reino! ¿¡Pero por qué!?

—¿No te lo he dicho ya? —El dragón hizo un gesto de impaciencia —. Porque todos, o casi todos, son unos imbéciles. Por ignorar las historias olvidaron cómo comportarse con nuestra especie. ¡Hace siglos que no nos llevan tributos!

»También porque eso es lo que hacemos los dragones aburridos: quemar reinos.

—¡Pero qué crueldad! Es verdad que el reino está lleno de gente tonta, pero no por eso merecen morir. ¡Ni siquiera son malvados! ¡No es justo! —gritó la niña, recordando de pronto los rostros de sus padres, ensombrecidos por sus debilidades—. Además, la nodriza no es ni tonta ni mala. Ella fue la que me contó todas las historias que sé.

El dragón pareció repentinamente interesado.

—Ah, ¿sí? Bueno, los cuentacuentos siempre se las arreglan para sobrevivir. Portan demasiadas historias importantes en sus corazones como para que el destino no les entregue una protección especial. No temas, ella estará bien.

Ahora fue la niña la que resopló, dándole además una furiosa patada al aire.

—¡No se trata de eso! ¿Cómo esperas que me sienta si me acabas de decir que pretendes destruir el reino donde nací?

El dragón enseñó todos sus dientes, como si sonriera.

—Triste, enojada, asustada, como se sienten los humanos cuando se han topado con un evento decisivo en sus vidas que les impide volver atrás. —El dragón volvió a ocultar sus dientes—. Tú sabes que sobrevivirás, ¿verdad? Tú también cargas muchas historias, si he de creer en tus palabras. Está en tu destino ser también una cuentacuentos, como tu maestra.

—¡Tampoco se trata de eso! —La princesa suspiró, pero su voz no tembló—. Esto va más allá de que asegures que mi nodriza y yo sobreviviremos. ¿Qué pasará con mis padres y con el resto de los habitantes del reino? Soy su princesa, dragón. Y ahora comprendo que eso no tiene nada que ver con ser inteligente o hermosa, sino con hacer lo correcto: proteger a mi gente.

—¡Una princesa! —exclamó el dragón, entre vaharadas. Ahora parecía entusiasmado—. ¿No me consentirás que yo te rapte para mi cueva? Eres muy bien hablada y conoces historias. Podrías educar un poco en maravillas a mis otras cautivas, personas aburridísimas, que se la pasan rezando para que venga alguien a salvarlas heroicamente.

—¿¡Qué estás diciendo, dragón!? ¡Por supuesto que no me iré contigo a ninguna parte! Es más: ¡te ordeno que liberes a esas pobres muchachas y que te marches para siempre de este bosque!

—¡Ja! ¿De verdad me estás dando órdenes? —El dragón rio. Las luciérnagas, intimidadas, alejaron un poco su vuelo temporalmente. La niña y la bestia quedaron en penumbras por unos instantes—. ¡A mí, a un dragón! Pues, si tanto quieres que cumpla con tus palabras, tendrás que vencerme. ¿O es que tu nodriza torció sus historias para ocultar que ningún dragón baja la cabeza o atenúa sus llamas por la petición de un mero humano?

La princesa permaneció en silencio.

—¿Y bien? ¿Qué estás esperando?

La niña, aprovechando que las luciérnagas habían vuelto, buscó a su alrededor hasta que dio con lo que esperaba: una rama caída particularmente gruesa y larga. La cogió y la blandió como si fuera una espada. Una espada de madera, de naturaleza, de vida.

Pero no tardó en dejarla caer.

—¿Qué sucede? —preguntó entonces el dragón, entre la intriga y la decepción.

—No deseo hacerte daño. Es decir, sé que no podría hacerte ni un rasguño con una rama, pero lo importante es que ni siquiera quiero alzar mis manos contra ti. Eres un dragón, una criatura de Fabularia, eres la esencia de las historias. Y yo, que amo las historias, ¿cómo podría buscar destruir aquello que me ha demostrado que ellas son verdaderas?

»Además —la niña tragó saliva—…, soy una princesa y algún día seré reina. ¿Qué clase de reina sería si buscara manchar de sangre mis bosques sin al menos intentar entender a mi enemigo?

El dragón se recostó otra vez.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? Te escucho. Tengo toda la noche y todo el día siguiente, y todos los siglos que se avecinan para oír tu respuesta.

La niña ya tenía clara su respuesta. Así la formuló:

—Puesto que soy una princesa y no una heroína de Fabularia, quiero enfrentarte de otra forma, sin espadas, sin derramamiento de sangre, sin muertes. Quiero convencerte de buena manera de que te marches de aquí para liberar a tus prisioneras.

—Oh, un desafío. Interesante, me agrada. —El dragón acercó su

rostro a la niña. El aliento de la criatura olía a nueces machacadas—. Veamos: ¿qué ganaría yo con obedecerte? Tú dime. Propón algo.

—Ropas, joyas, caballos: toda la fortuna que tendré cuando sea reina.

El dragón rio otra vez, pero en esta oportunidad las luciérnagas no se apartaron. Quizá ellas también estuviesen intrigadas de ver cómo se resolvía aquel curioso combate de palabras.

—Mi guarida rebosa de tesoros. No me interesa tu riqueza.

—Entonces te daré mis tierras, mi reino, mi corona.

—¡Bah! Soy lo bastante dragón como para entender las vanas promesas del poder humano. Así que tampoco me convence. —El dragón bostezó—. Tendrás que esforzarte más, pequeña. ¿O eso es todo lo que tienes para ofrecer?

La princesa guardó silencio un momento, consciente de la importancia de su última tentativa. Sabía que el dragón se estaba aburriendo y él mismo le había revelado lo que hacía cuando se aburría.

Las luciérnagas, como si presintieran la lucha que se desataba en su interior, la rodearon estrechamente. La niña cerró los ojos y se dejó envolver por su resplandor dorado, hasta que comenzó a oír, con voces más nítidas que el recuerdo, las palabras de su nodriza: «Cuando una historia nos habla a lo más profundo de lo que somos, se vuelve verdadera en nuestra alma y nos engrandece y eterniza».

La princesa abrió los ojos de golpe. Las luciérnagas habían desaparecido, pero ya no importaba: el alba despuntaba en el cielo. Niña y dragón podían observarse mutuamente, sin intermediarios.

Algo de la luz de aquellos insectos feéricos debía de haber quedado en ella, porque sus palabras le sonaron doradas cuando las pronunció y los ojos ambarinos del dragón se entrecerraron al oírlas:

—Te haré vivir para siempre en una historia. Una en donde nadie intentará matarte, donde tú serás el único héroe.

El dragón volvió a alzarse y comenzó a caminar lentamente a su alrededor, sin dejar de mirarla.

—¿Sí? Y dime, pequeña, ¿cómo me describirías?

—Como una criatura más interesada en el ingenio que en el

combate físico. Y… —la niña dejó escapar una risita. Nadie reía nunca ante un dragón, pero él comprendió el sentido tras ese gesto y lo aceptó— hermosa. Tanto como los arreboles, que en su belleza hacen que la muerte del día valga la pena solo para mirarlos.

El dragón detuvo su ronda y miró a los ojos largamente a la princesa. Esta, contradiciendo por una vez las lecciones de las historias, le sostuvo la mirada hasta que la bestia volvió a hablar.

—¡Ah, ah, ah…! ¡Vencido yo por una princesa que se hace llamar cobarde y que me promete gloria en sus palabras de oro! Ahora me has derrotado en buena ley, desde el filo de las palabras en lugar del de las espadas, y por eso obedeceré a tus pedidos. Pero no permitiré que te llames a ti misma cobarde. Desde hoy, has de llamarte «Princesa Valiente» o, de lo contrario, solo conseguirías afrentarme. Es el nombre que te ha dado un dragón, así que más vale que te asegures de honrarlo con las acciones y decisiones de lo que te quede de vida. Es lo único que te pediré a cambio. ¿Podrás aceptarlo?

La princesa, bautizada ahora como Princesa Valiente, sintió con regocijo cómo las lágrimas volvían a sus ojos, ardientes de alegría y orgullo. Asintió con una sonrisa húmeda.

—Bien, entonces el trato está sellado. Me marcharé para siempre de este bosque y liberaré a mis cautivas. Eso era, ¿no, Princesa Valiente? Entonces ya es hora de partir. ¡Hasta siempre, pequeña! ¡Adiós…!

La niña trató de decir adiós, pero la lengua se le trabó por las emociones. Solo pudo despedir al dragón, que ya emprendía el vuelo, agitando su mano de lado a lado. Jamás había sentido una felicidad tan grande en su corazón, pero tampoco había sentido antes una tristeza tan intensa. Ahora era la Princesa Valiente, sí, pero haber logrado ese nombre le había significado despedirse para siempre de la criatura más bella, pretenciosa y magnífica que hubiera existido alguna vez, ya fuese en Fabularia o en el mundo real.

Sus ojos lloraban lágrimas de alegría y de tristeza mientras veía la efigie de un dragón perderse en el cielo. Era momento de volver a casa, al lugar que tanto se había esforzado en proteger.

Nadie se había percatado de su ausencia: después de todo, la

princesa solo había estado lejos del castillo durante un día entero. Además, la nodriza había dispuesto algunos cojines bajo las mantas de su cama de modo que imitaran las formas de su cuerpo; eso, junto con la petición de que nadie la molestara mientras descansaba en su convalecencia, había conseguido disimular la aventura.

Todo volvería a su cauce natural, al menos en las apariencias. La princesa, tan pronto se hubo escabullido de regreso a sus aposentos, comprendió que ella ya no era la misma y que jamás volvería a su antigua vida, por mucho que hubiera regresado a su hogar. Y la nodriza lo notó a su vez, pues nada más acababa de ayudarla a ingresar sin ser vista cuando se arrodilló ante ella.

—Bienvenida, Princesa Valiente —le dijo, con los ojos iluminados. A la niña le recordaron el destello de las luciérnagas.

—¿Cómo lo sabes?

La anciana se puso de pie, cogiendo las manos de la niña.

—¡Soy una cuentacuentos! Es nuestro deber conocer cada nueva historia que surge en nuestro mundo. ¿Y cómo podría desconocer yo la historia de mi querida niña, que obtuvo su nombre verdadero de un dragón?

—Soy la Princesa Valiente —dijo la niña, de pronto apesadumbrada —. Pero algún día seré una reina, como mi madre. Nadie me conocerá bajo aquel otro título.

—¡Pero qué dices, niña! —rio la nodriza—. Tú nunca serás como tu madre… ni como tu padre. Tú has de ser una cuentacuentos. ¿No fue eso lo que te pidió el dragón? Pues ¿cómo irías a contar la historia que le prometiste sin volverte una maestra en el oficio de narrar historias?

La niña vio que tenía razón. Por unos instantes quiso preguntarle cómo lo haría para formarse como narradora, hasta que miró otra vez los profundos ojos azules de la nodriza y vio en ellos las llamas de todos los dragones que había contado alguna vez. Entonces supo que siempre habían estado allí, en su pupila, que solo en ese instante ella estaba preparada para verlas, y más: solo a partir de ese momento podría asumir su destino como Princesa Valiente.

La princesa se arrodilló ante la anciana. Era la primera vez que hacía eso ante alguien, pero se sintió llena de una felicidad humilde.

Después de todo, se estaba consagrando a su nueva maestra, reina también ella de algún remoto reino de Fabularia.

—Por favor, enséñeme el arte de la palabra.

La anciana levantó con cuidado a la niña, ahora su aprendiza.

—Todo te lo enseñaré. Ahora te será más sencillo entender muchas cosas, pues ya has conocido el viaje.

La princesa rio con un matiz de pudor.

—Esta vez lo haré mejor preparada. No me fugaré y no estaré sola. Ya habrá tiempo para conocer el mundo y tener nuevas aventuras.

La nodriza asintió.

—Entonces, ¿empezamos?

La niña asintió como respuesta y se acercó a la ventana. La mañana ya había terminado de despertar y ahora bañaba con sus luces el mundo. En la línea del horizonte se recortaba la sombra de un dragón, como para recordarle por última vez la pesada importancia de su nuevo destino.

Pero la niña ya no sentía miedo ante los desafíos, porque no era ya una princesa cobarde, sino una Princesa Valiente. Más que vencer al dragón, se había vencido a sí misma. Sabía que contar la historia de aquel dragón le significaría contar su propia historia, con las mejores y más bellas palabras que pudiera encontrar en su naciente voz.

—«Había una vez…».

—«… un dragón».

La historia del Abuelo Árbol

Todos los árboles saben hablar, pero la lengua con la que se expresan no es fácil de entender. No puede aprenderse en libros, porque solo ellos son los que deciden qué persona merece comprenderlos, y por razones que escapan al entendimiento humano. Cuando eligen a alguien, de pronto la persona afortunada advierte que los susurros de las copas esconden palabras y que estas no son una ilusión del viento. Algunas se asustan y prefieren pensar que el cansancio por el viaje en las arboledas les ha desgastado la cordura; otros, que se encuentran en un bosque embrujado frente al que hay que mantenerse sordo. Pero hay quienes aceptan lo que escuchan como lo que es, una inexplicable gracia, y se sientan a escuchar. Y las menos se atreven también a conversarles desde sus propias palabras.

Esta historia la conocí de un árbol anciano de Fabularia, a quien hoy conocemos como el Abuelo Árbol. Él mismo accedió a revelármela con el compromiso de que la convirtiera en cuento y la compartiera así, transformada por mi arte, para que echara raíces en los corazones fértiles a los que llegara. ¿Por qué?, me pregunté entonces al descubrir tan curiosa petición, tan contraria además a la naturaleza reservada de los árboles. Pues porque aquella no era tanto una historia de árbol como de dos artistas, un hombre y una mujer, que habían encontrado su destino gracias a uno de estos seres de la naturaleza. ¿Por qué entonces un relato semejante debía estar confinado al reino arbóreo, si hablaba de una de las dimensiones más hermosas del alma humana, como lo era la de la creación?

Una vez que entendí el valor de la petición del Abuelo Árbol, acepté el trato.

Desde entonces pasaron muchos años; yo sin atreverme aún a contarla, por miedo a que mi arte fallara en transmitir su belleza. Pero, a pesar del tiempo transcurrido, los árboles siguen siendo árboles, y los artistas, artistas. Aun los árboles más enormes fueron alguna vez unas frágiles semillitas húmedas; aun los artistas más valorados fueron alguna vez niñitos con el corazón tan lleno de fuego

como de dudas y tristezas inconsolables.

Esta historia es necesaria. Más personas deben conocerla, más árboles deben recordarla. Y ambos tipos de seres deben seguir contándola, hasta mucho después que el eco de mi propia voz se haya desvanecido. Sé que entonces no se podrá contar de la misma forma en la que la contaré yo, pero eso no es importante. Una historia siempre ha de renovar sus palabras y acentos si espera mantenerse con vida, como la renové yo respecto a las únicas palabras que me compartió entonces el Abuelo Árbol:

—¿Has visto un lápiz y un cuaderno? —pregunta él, el Escritor.

—¿Has visto un violín? —pregunta ella, la Músico.

Su respuesta entrelazada crea una Canción.

Para mi naturaleza humana, era esta más bien la semilla de una historia, una promesa que no ha terminado de realizarse. Y yo quise hacerla brotar en muchas más palabras: un cuento de fantasía a dos voces. Primero contaré la historia de ella; luego, la de él. Y, sin embargo, verás que ambas son una misma historia, como dos ramas de un mismo árbol cuyo destino fuese encontrarse en el único abrazo capaz de hacerlas florecer.

Estamos en un pueblo cerca de un bosque: ¿puedes oír las voces de su gente, perfumadas por los pinares? Este lugar era cuna de las más hermosas voces femeninas que hubiera conocido el mundo del espectáculo. Imagínate cómo corrían esas muchachas a sus clases de canto; se diría que se les iba la vida en ello y en parte era cierto. Pues nada poseían realmente aquellas niñas, como no fuesen sus propias voces y los sueños de fama que les nacían de estas, cuál más ambicioso que el otro. ¿Y qué decir de aquellos lugares donde se pasaban tardes enteras? Las escuelas de canto eran las construcciones más opulentas del pueblo, cuál más exigente con sus alumnas que la otra, todas en permanente competencia para adjudicarse la voz más talentosa, la más preciada.

Solo una niña del pueblo no tuvo jamás oportunidad alguna de presentarse a una audición, pues había nacido muda. ¡Pobrecilla! Era la desgracia de su familia. ¿Por qué, se preguntaban, les había tocado

justo a ellos una niña enmudecida? Si el destino habría de castigarlos, ¿por qué simplemente no hacer de su voz un canto plomizo? No había respuesta ni explicación, por lo que los vecinos comenzaron a inventarse sus propias respuestas y sus propias explicaciones: aquella familia debió hacer algo horrible para que ese brote de su estirpe hubiese sido condenado al silencio, o bien la niña estaba maldita y con su mutismo solo anunciaba un futuro horrible para el pueblo.

La pequeña creció oyendo esos lamentos y esas habladurías. Fueron tantas las miradas de lástima, temor y repugnancia que le dedicaron que terminó convenciéndose de que era una miserable. ¡Si ni siquiera podía comunicarse con los demás o expresar lo que sentía, pensaba o soñaba! Sus manos y brazos intentaban ser un alfabeto, pero a nadie le interesaba aprender a leerlo. Cuando así se movía, las otras niñas le gritaban espantapájaros, y ella sufría porque sentían que tenían razón: era como un guiñapo vencido ante el viento.

Entristecida por las crueles palabras que le arrojaban las personas, la niña decidió un día buscar consuelo en las aves de montaña. No entendía nada de lo que cantaban, aunque sospechaba que sus trinos no querían contar nada en particular, a diferencia de los cantos humanos. Y precisamente eso era lo que la alegraba: dejarse llevar por una fuerza que era puro sonido y melodía, sin otro sentido o intención más que su desnuda belleza.

Le gustaban también los pájaros porque sentía que no competían entre ellos. Todos nacían con su don floreciéndole en el pico y sus voces nunca mejoraban en el tiempo porque eran siempre perfectas; si cantaban a todas horas, era porque estaban contentos por el solo hecho de existir. A veces incluso algunos trenzaban sus melodías con las de otros, en una armonía nueva y desafiante que nada tenía que ver con las rígidas instrucciones de las escuelas de canto.

—¡Ah, si tan solo pudiese despertar en mí una voz como la de los pájaros! —se decía en pensamientos la niña, y se lo siguió diciendo hasta volverse muchacha. Entonces ella misma había empezado a hacerse preguntas sobre la misteriosa naturaleza de su mudez—. ¿Por qué? ¿Por qué el destino ha querido marcarme de esta manera, hasta hacerme tan distinta a los demás que nadie puede amarme?

¿Encontraré algún día la felicidad, un canto secreto que solo yo pueda cantar?

No hubo respuesta.

Tiempo después se anunció que el príncipe de la región, un joven tan bello como frívolo y caprichoso, se casaría con la mujer que poseyera la voz más hermosa. Por supuesto, tal noticia desató los anhelos de triunfo de todas las jóvenes cantantes: convertirse en princesa solo por la belleza de la propia voz parecía el triunfo definitivo.

—¿Quién se ganará el corazón del príncipe? —se preguntaban por esos días. Todas clamaban «yo» en su interior. Siempre se habían sabido rivales, pero ahora se declaraban enemigas mortales. Solo había una certeza que las unía: —Al menos él nunca elegirá a la muda.

¡Ay, cuánto lloraba la muchacha al oír estas nuevas burlas! Si el príncipe la eligiera, ¡qué no cambiaría en su vida! Aunque era imposible que lo hiciera: él había exigido un canto hermoso, y ella ni voz tenía. Era inútil albergar esperanzas.

Asqueada de la histeria de las otras jóvenes, la muda decidió emprender un viaje para encontrar algo que pudiera sustituir la voz que no tenía, pues ya no soportaba vivir sintiéndose como una mujer incompleta.

Fue así como atravesó los bosques cargados de pájaros hasta llegar a las lindes de Fabularia, donde algunas aves cantaban una canción que solo los corazones destrozados podían entender.

¿Quién era esa pequeña que hacía gestos y muecas? Los pájaros se quedaron a su lado hasta que entendieron lo que la joven intentaba contarles y supieron responderle:

—Del otro lado del río, más allá de la fronda dorada, se alza un solitario árbol negro mágico. Si necesitas una voz, él puede prestártela.

La muchacha salió entonces en su búsqueda, sin importarle ya estar trotando por las tierras de Fabularia, esa región que los murmullos de su pueblo habían cubierto de una niebla espantosa. Pues ¿qué más daba? La gente de su pueblo siempre la había despreciado. No sufriría

más entre las sombras húmedas del bosque de lo que había sufrido en su entorno. Prefería el abrazo de lo desconocido a la crueldad familiar de los suyos.

Pensando así, no tardó en encontrar el árbol negro. ¡Cómo destacaba entre tantos árboles de oro! Era un poco como ella, pensó: distinto a todos los demás. Pero también era diferente a lo que había sido ella en el pueblo, porque ella lucía como una muchacha normal hasta el momento en que su boca vacía develaba su tragedia. ¡Si tan solo pudiera usar su diferencia para resaltar entre los demás…! El árbol negro se veía solo y extraño, pero a la vez solemne, entregado por completo a su secreto destino. Esa entrega privada a la que nadie más tenía acceso emocionó profundamente a la joven, más incluso que la posibilidad de tener al fin su propia voz.

—¡Oh, árbol de ébano! —le dijo la chica en su mente, mientras lo rodeaba con sus brazos—. Enséñame a ser como tú.

Cuán grande fue su sorpresa cuando oyó la voz del árbol resonando debajo de la corteza que aún mantenía abrazada: «Ya eres como yo. Ahora te enseñaré a ser tú misma».

En ese momento, el árbol se transformó en un cuervo. La joven volvió a sorprenderse: además de ser enorme, tenía el plumaje tan blanco como la nieve que cubría las montañas.

—Monta en mí y vuela conmigo, que tengo mucho que mostrarte —le graznó el cuervo.

Y la joven obedeció.

Juntos volaron por los cielos de Fabularia y se hicieron los más íntimos amigos. En su largo viaje, el cuervo blanco le fue enseñando las diversas canciones que la naturaleza entregaba al mundo: la risa de la correntada del río, la impaciencia de los rastros de la lluvia tamborileando sobre las hojas, el crujido de los grillos mordisqueando la noche, la añoranza secreta de los lobos en sus aullidos a una luna siempre distante, la impertinencia de los silbidos del viento sobre las copas de los árboles, los zumbidos con los que los insectos hacían temblar el calor de las tardes y, desde luego, la bandada de pájaros perfumando el aire con sus trinos silvestres.

Cuando finalizaron el vuelo, la joven volvió a pisar tierra firme con

el corazón impregnado de sonidos. Era esa una música prístina, nacida de las grutas más profundas del alma viva, música que cada criatura o ser cantaba con toda su esencia. Tras oírla, tras sentirla en cada uno de los poros de su cuerpo, la muda comprendió que esta música era el verdadero canto. Lo que hacían las otras muchachas del pueblo no era más que un simulacro. Sus voces podían ser el deleite de todo aquel que pudiera oírlas, pero salían de gargantas que las emitían sin verdadera emoción o sentido, como máquinas automatizadas.

No eran aquellas las voces que la muda habría deseado para sí. Ahora comprendía que quería sonar como la naturaleza, que nunca cantaba una misma canción dos veces, que se recreaba a sí misma en cada sonido y que no necesitaba ni garganta ni palabras para expresarse.

La joven entonces palmeó la superficie tersa de la laguna para marcar el ritmo de su corazón, pisó con acompasada intensidad la crujiente hojarasca y sopló con toda la fuerza de su aliento por las improvisadas flautas en las que se habían convertido algunas ramas huecas, hasta ser ella misma un pequeño viento. Y por fin, cuando ya no supo qué más hacer con su inquieto cuerpo, se tendió a descansar, tan sudorosa como contenta, a escuchar cómo la calma del bosque la envolvía con sus aplausos silenciosos.

La muda al fin había encontrado su voz dentro de sí misma y para sí misma.

El cuervo blanco, satisfecho, le entregó un último presente para que pudiera traducir los sonidos de su voz en una música reconocible para oídos humanos: un instrumento musical. Para ello, regresó a su forma original de árbol, pero transformado esta vez en un delicado violín negro.

—Seguramente los pájaros te contaron que soy un árbol mágico —le dijo—. Pues lo soy; las hadas me dieron a la vida con la misión de traer la belleza de su música feérica al mundo humano. Por desgracia, tal belleza no es algo que tu estirpe pueda apreciar enseguida. Mil veces me despreciaron los viajeros errantes al distinguir mi madera negra desde la distancia, y mil veces los hombres y las mujeres vulgares se encargaron de destruir los corazones nobles de aquellos

que hubieran podido oír mis llamados.

»Pero a ti no lograron destruirte. Tú los rechazaste a ellos y viniste a mí. Hiciste lo correcto, porque ahora haré florecer en tu interior esa belleza que hasta ahora habías cargado como un tierno brote invisible para los tuyos. Pues no lo será más: si me aceptas, nadie podrá dejar de oír tu música, la música que tú y yo crearemos en nuestra amistad.

»¿Qué dices entonces, pequeña? ¿Aceptarás mi honesta entrega, contenida en estas frescas y oscuras oquedades donde nacerá la música de las hadas? ¿Aceptarás el destino de convertirte en compositora e intérprete?

Por supuesto, la muda aceptó. Ella también era un árbol negro, después de todo, y quienes comparten una naturaleza tan especial han de estar siempre juntos.

Así regresaron ambos, joven y violín negro, al mundo humano. Allí ella consagró su vida a la composición e interpretación de tonadas que expresaran su vida, desde el desamparo de sus primeros días hasta la felicidad de llegar a descubrirse tal y como era.

Su pieza más reconocida, *La balada del árbol negro y la muda,* terminó convertida en una de las obras más importantes de la historia de la música. Sin embargo, poco fue lo que el mundo humano consiguió disfrutar de tamaña artista. Su última presentación fue un concierto de lujo en el que estuvieron presentes el rey, que años atrás fue el joven y guapo príncipe, y la reina, que entonces fue la cantante ganadora del derecho a ser princesa. No se sabe si ellos reconocieron a la muda; por lo general, la gente vana o cruel nunca guarda memoria de las personas que dañan con sus caprichos. Pero la muda sí los reconoció a ellos, más con un dejo de lástima que con pesadumbre o rencor, porque quien ha invocado la música de las hadas ha curado las heridas del pasado.

Terminada la función, los reyes solicitaron su presencia. No obtuvieron respuesta, pues la muda había desaparecido. Nadie volvió a verla por aquellas tierras, ni por ningunas otras. Solo quedaron grabaciones y partituras que ningún músico posterior consiguió interpretar con tanta gracia como su compositora.

A los reyes les quedó algo más: el recuerdo indeleble de su música

quemándoles el corazón. Desde entonces, ambos vivieron sus mundanas vidas con una nostalgia que les arruinó el espíritu, la misma nostalgia que los seres marcados por el destino como aquella muda lograron transformar en una bendición.

Y desde entonces, según me contó el Abuelo Árbol, se pudo ver a la joven artista deambulando, violín al hombro, por los bosques de Fabularia. Hemos de creer que la música de las hadas ha vuelto a su lugar de origen y que la muda, a fuerza de vivir en y por aquella gracia feérica, encontró en aquella patria la suya propia.

¿Puedes ver a la mujer perdiéndose entre la fronda? Ha puesto al violín en posición y sus gráciles dedos le arrancan ya tonadas de ensueño. ¿Puedes oír el eco de sus melodías? Déjate acunar por ellas mientras te llevo con mi voz de regreso al árbol. Ahora iremos hacia el lápiz y al cuaderno. Acércate conmigo a la mina de grafito del lápiz y a la superficie blanca de la hoja y observa: ¿puedes leer lo que tiene escrito?

Es la descripción de una cabaña en medio de unas montañas. ¿Sientes el frío alpino que se agita a su alrededor, en el blanco manto de la cellisca? Allí adentro habitaban cuatro hombres, uno muy viejo, el padre, y sus hijos: dos jóvenes y el restante muy pequeño, apenas un muchacho. Los dos mayores eran guapos, fuertes y con los pies bien puestos en la tierra. El menor, en cambio, era feúcho, débil y con la cabeza siempre volando entre las nubes. Mientras los dos mayores estaban siempre compitiendo por ver cuál era mejor que el otro; el menor se mantenía ocupado en sus propias cosas, que no le importaban a nadie más que él. Las únicas veces en que los mayores se unían, de hecho, era para burlarse del pequeño y de la torpeza con la que se conducía en la vida. El pequeño no les hacía caso, a pesar del dolor que sus hermanos le causaban. Prefería resguardarse en sus ensoñaciones y en el cariño de su padre, del que era su hijo predilecto.

—Algún día harás cosas muy grandes en este mundo, hijo, y tu nombre se conocerá por todos los confines de la tierra a lo largo de varios siglos —le decía a veces el hombre, de la nada. Los mayores hacían grandes esfuerzos para no echarse a reír a carcajadas.

¿Por qué papá nunca les decía a ellos esa clase de cosas, si eran tan guapos, fuertes y prácticos? Quizá el viejo solo dijera eso para animar a su preferido, pensaban. Sí, eso debía ser. Era evidente que ellos dos eran superiores. El menor era tan patético y miserable que no le quedaría más que el consuelo de aquella mentira piadosa. Por supuesto que su nombre jamás se oiría fuera de las fronteras de la región donde había nacido y se perdería en las ventiscas de las montañas.

El pequeño tampoco entendía por qué su padre le dedicaba tales palabras. Él no era como sus hermanos, pero tampoco deseaba serlo. A él le gustaban las cosas sencillas, como pasearse por el bosque, observar los animales y pensar en lo insólito: ver las nubes como dragones, sentir los temblores como pisadas de gigantes invisibles o entender al mar como una sola lágrima gigantesca. No esperaba nada más de la vida que eso. Como el muchacho no quería ser descortés con su padre, aceptaba y agradecía con seriedad sus elogios y predicciones, sin atreverse a preguntarle cuál era la verdadera razón de esas palabras.

Pasó el tiempo alrededor de la pequeña cabaña. Los árboles cercanos florecieron, reventaron colmados de frutos y se desnudaron hasta cubrir el pasto con los colores de una fogata. Después la nieve se tragó todo con su fría boca blanca. Nevó tan fuerte aquellos días que la familia quedó encerrada en la montaña, sin poder acudir al pueblo a comprar víveres o provisiones. Ni los mayores consiguieron llegar muy lejos con sus trineos.

—Tendremos que esperar hasta que termine la estación y la naturaleza vuelva a reverdecer —dijo el padre con un tono calmado, aunque apenas terminó de pronunciar aquellas palabras se hundió en un violento acceso de tos que se extendió durante toda la noche.

Esa noche, el pobre hombre no dejaría de toser. A la mañana siguiente, su frente arrugada ardería en fiebre. Lo había alcanzado la mordedura fatal del invierno.

En vano los tres hermanos lucharon por mantenerle la vida al enfermo: estaba claro que así, aislados, no tendrían ninguna posibilidad. El hombre era tan valiente como sereno y aceptó pronto

su inminente muerte. Aun cuando le hubiese gustado volver a ver los colores de la primavera irrumpir entre la palidez de la nieve, comprendió que no servía lamentarse o mostrarse débil ante sus hijos. Ya que pronto dejaría de existir, tenía que prepararlos para la vida que les aguardaba.

Antes de entrar en el penoso proceso de agonía, el padre llamó a sus hijos y se despidió de ellos con las siguientes palabras:

—Queridos hijos, la vida se me escapa como el viento entre los cabellos. No he de pasar esta noche. Pero no es momento de llorar, porque no los dejaré con las manos vacías.

»Si hay algo que lamento como padre es no haber logrado que los tres se quisieran. Tres hermanos unidos son como un tronco tan grueso que ni las hachas ni el fuego pueden abatir. En este instante, ante mi muerte, sé que van a tomar caminos distintos y no me queda sino extenderles una última bendición a cada uno por separado.

Entonces el hombre llamó al hijo mayor.

—A ti, mi primogénito, te dejaré mi espada, cuyo filo es tan agudo que podrías cortar una roca como si fuese mantequilla.

»Hace mucho tiempo, cuando era aún más joven de lo que tú eres ahora, me hice mi propio camino por el mundo con ayuda de su hoja, defendiéndome de los peligros y protegiendo a los más indefensos que yo. Con ella nunca volverás a correr peligro, siempre y cuando sea continuamente para ti como una herramienta para resguardar lo que amas. Si no lo haces así, si usas el poder de mi espada para someter a los débiles, su filo se volverá contra tu carne y la hará pedazos.

Tras estas palabras, el hijo mayor recibió la espada. Quedó tan deslumbrado ante la belleza de su bruñida hoja que no dudó de que fuese capaz incluso de partir en dos una roca. Con esa espada, no habría obstáculo que pudiera oponérsele en sus propósitos de ser poderoso y reconocido en el mundo, pensó el primogénito, pues era un joven temerario, que confiaba en su propio valor para hacerse un destino.

Entonces el hombre llamó al hijo del medio.

—A ti, mi hijo intermedio, te dejo mi contrato de tierras, las mismas que alguna vez me cedió un rey olvidado. Heredarás legalmente todas

mis posesiones territoriales, que abarcan este bosque y el valle que lo circunda.

»Es una zona fértil y hermosa; si la trabajas con dedicación y paciencia, nunca les faltará nada ni a ti ni a tus trabajadores. ¡Pero ay de ti si usas tu poder de terrateniente para explotar a los campesinos! Porque entonces nada crecerá bajo tus pies, ni siquiera una brizna de pasto, y tus huesos se convertirán en el más inútil de los abonos.

Tras estas palabras, el hijo intermedio recibió el contrato de las tierras. Quedó tan deslumbrado ante el tamaño total del territorio heredado que no dudó de que fuese capaz de extenderlo todavía más con sus habilidades de negociación. Con semejante patrimonio, no habría obstáculo que pudiera oponérsele en sus propósitos de ser poderoso y reconocido en el mundo, pensó el del medio, pues era un joven frío y calculador, que confiaba en su propia astucia para hacerse un destino.

Entonces el hombre llamó al hijo menor, su predilecto.

—A ti, mi pequeño, te dejo mi lápiz y mi cuaderno. No parecen objetos mágicos, pero lo son. Hace muchos años, antes de que tus hermanos y tú nacieran, erré por los confines más remotos de la tierra y di sin querer con la frontera de Fabularia. Allí, muerto de miedo y de cansancio, encontré cobijo en un árbol negro, bajo cuya sombra me tendí a dormir. Cuando desperté, el árbol me contó que estaba encantado por las hadas y que albergaba un valioso tesoro para mí.

»Mi corazón era sencillo como un pájaro y ya me sentía agobiado por aquellos otros regalos que había recibido a lo largo de los años. Sin embargo, no pude negarme del todo a su ofrecimiento y acordé que recibiría lo que quisiera entregarme para legarlo a la persona correcta. Entonces el árbol se transformó por obra de magia en un cuaderno y un lápiz, ambos nacidos de su madera negra, y me quedé con ellos hasta que fuera el momento de entregarlos a su legítimo dueño.

»Y ese, pequeño mío, has resultado ser tú. ¿Para qué servirán estos objetos tan cotidianos? El árbol jamás me lo dijo y las hadas se ofenderían si supieran que los humanos somos incapaces de valorar los presentes que nos hacen. No he sido más que un viejo que apenas

sabe deletrear su nombre. Pero tú, que eres letrado, habrás de descubrir con el tiempo para qué sirve tu herencia.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si escribo en el cuaderno lo que no debo? ¿Y si ni siquiera llego a escribir algo con el lápiz? —preguntó el menor, angustiado al ver que su padre lo diferenciaba de sus hermanos incluso en su lecho de muerte. ¡Él también necesitaba una advertencia ante el mal uso de tan importante regalo!

—Los objetos que te he entregado no tienen una forma correcta o incorrecta de usarlos. Solo tienes que asegurarte de que toda decisión que tomes sobre su empleo venga de ti, de lo más profundo de ti. Confío en que el árbol negro y su encantamiento guiarán tu voluntad.

—¿Y si no es así? —insistió el menor.

—Entonces te pondrás triste. No tendrás ni una muerte ni una vida horribles, pero serás el ser más triste de la tierra.

El muchacho se estremeció: ya se consideraba a sí mismo una persona más bien inclinada a la tristeza. Por eso, solo él pudo comprender el terrible peligro que entrañaban las palabras de su padre. En cambio, sus hermanos las oyeron con desprecio: ¿volverse triste? ¿*Esa* era la gran amenaza del regalo que había recibido el menor? ¡Qué ridiculez! Sin embargo, ambos coincidían también en su desprecio por aquellos objetos vulgares: ¡un cuaderno!, ¡un lápiz! ¿Cómo compararlos con una espada invencible o con un territorio colmado de riquezas? Los hermanos mayores intercambiaron una mirada elocuente: era la primera vez que sentían que su padre los había favorecido a ellos en lugar del menor.

Poco después de la repartición de herencias, el hombre al fin entregó su alma a las alturas, dejando su achacado cuerpo atrás como una cáscara vacía. Los tres hermanos lo lloraron amargamente, pero el menor lloró un poco más. Perder a su padre significaba también perder todo lo que hasta entonces había conocido. Al contrario de sus hermanos, el muchacho no sentía la emoción por un futuro que se asomaba tan limpio y fresco como un día recién hecho. Él quería volver al lecho del pasado, sin importar lo duro y áspero que hubiera sido, pues conservaba el calorcillo de lo familiar. Pero ya no había marcha atrás.

Tras el entierro del padre en el bosque, los tres hermanos hicieron su equipaje y cerraron para siempre la puerta de su antiguo hogar. Continuaron avanzando juntos y en silencio por el único sendero que conectaba sus tierras con los grandes caminos y, al llegar a la primera encrucijada importante, se despidieron. Los dos mayores eligieron rápido sus nuevos rumbos y no tardaron en perderse en la espesura del horizonte brumoso.

«¿Qué será de mi vida de ahora en adelante?», se preguntó el muchacho, una vez solo. No tenía más que un cuaderno y un lápiz y la maraña de sus recuerdos. Quizá, si al menos la desenhebraba, podría proveerse a sí mismo de un consuelo para seguir adelante, a dondequiera que lo llevara el destino. Así fue como estrenó su cuaderno y su lápiz: escribiendo en él los recuerdos más felices de su antigua vida.

Aunque era letrado, como había reconocido su padre, la tarea le pareció muy difícil. Hasta entonces, solo había escrito historias breves y sencillas. Esto era distinto, porque era un impulso que le venía de lo más profundo de su ser. Las primeras palabras le temblaron en los renglones de las páginas como aves sobre las ramas cargadas de nieve. Sin embargo, no tardó en hacer del lenguaje un camino propio para su memoria, aunque fuese uno rústico. El lápiz negro, con el carboncillo siempre a punto, era como el bastón del viajero que se adentra al país del pasado. Las hojas frescas del cuaderno, tan blancas que encubrían su origen en la madera oscura del árbol negro, eran como el lienzo donde podía estampar esos recuerdos, tal y como permanecían en su mente.

Con el tiempo, el muchacho se sorprendió al descubrir que recordaba muchísimas cosas y que todas ellas eran importantes a su modo, desde la primera vez que había soplado un diente de león hasta su última caminata junto a su padre. Le parecía extraño que un cuerpo tan menudo como el suyo pudiera guardar tanto y aún más que con pocas palabras se pudieran contar tantas cosas distintas.

Tiempo después, una sombra de barba acariciaba el rostro aún joven del muchacho. El material de sus recuerdos se le angostaba cada vez más en la memoria; sin embargo, tenía la sensación de que aún

tenía mucho que contar. El propio cuaderno se lo sugería, con todas las páginas blancas que aún conservaba. Pero, por más que escarbaba en su mente, no podía dar con nada importante que no hubiera escrito antes.

El joven releyó sus primeras anotaciones y se avergonzó: ¡qué pobres y pálidas eran! Nada había en ellas de la viveza de los recuerdos que las habían inspirado. El texto, que debía ser una pintura o un retrato nítido, no era más que una sombra mustia sobre la página.

«Eso es porque no sé escribir», se dijo entonces, al borde de las lágrimas. «Mis palabras no son más que piedras grises con las que intenté recrear bellas figuras del pasado. Tengo que hacer que florezcan. ¡Ay! ¿Cómo se puede hacer brotar una flor de una piedra?». Poco sabía el joven que ya con solo imaginarse a las palabras como piedras que podrían florecer estaba aprendiendo a escribir.

Después el joven se hizo hombre en numerosos viajes por países peligrosos, en los que siempre tuvo trabajos precarios. A diferencia de sus hermanos, él no tenía ninguna ambición de poder o riqueza. No era astuto ni fuerte, ni valiente ni carismático. Todas sus energías estaban concentradas en su apretada escritura en el cuaderno, buscando siempre la palabra precisa para preservar sus recuerdos. ¿Cómo pensar en transformar ese impulso tan íntimo en un trabajo o en una fuente de gloria? No podía; no se podía. El hombre simplemente escribía, escribía en sus escasos ratos libres o en sus puestos de trabajo, cuando sus jefes desviaban la vista. Escribía bajo la fresca sombra de una palmera, alrededor de las encendidas llamas de una hoguera o de espaldas al viento del norte. ¡Incluso hubiera escrito ante la mirada de las estrellas, si su luz hubiera sido suficiente!

El hombre escribía lo que podía donde podía, y con ello no ganaba ni fama ni dinero, solo un puñado de piedras cada vez más pulidas sobre la página.

Sus recuerdos cambiaron: él los cambió. Los reescribió una y mil veces, porque había descubierto que una mera descripción de las imágenes de su mente era insuficiente. Comprendió que no quería hacer una pintura o un retrato, sino resucitar desde el lenguaje un

mundo que no existía. La memoria, la fiel fuente de su escritura, se trastocó en imaginación, porque solo ella podía hacer de la realidad lo que verdaderamente tendría que haber sido.

El recuerdo de la vida infantil y juvenil del hombre, la de un muchacho que soñaba con hablar con los árboles y que se esforzaba por seguir a su enorme padre por los senderos de la foresta, se volvió el recuerdo de toda una estirpe de corazones solitarios, contemplativos y viajeros, personas cuya patria era un país que aún no había sido inventado. Pero el hombre no podía saber nada de esto. Tampoco le hubiera importado saberlo. Simplemente escribió sin parar hasta que el lápiz se le volvió romo y hasta que las páginas se le agotaron. Ahí, entre esas tapas de cuero, quedaba contenida su única vida. ¿Qué otras razones hubiera tenido para seguir caminando sobre la tierra?

¿Reencontrarse con sus hermanos? Ellos estaban demasiado lejos. El primogénito se había convertido en rey al rescatar a una princesa y desposarla; el del medio había comprado el derecho a ser monarca de un país gracias a la enorme fortuna que había amasado. Los dos, los hombres más poderosos e importantes del mundo, terminaron traspasando su rivalidad juvenil al campo de batalla. Lo que alguna vez solo habían sido pullas o golpes, ahora eran órdenes que movilizaban ejércitos enteros de personas enviadas a matar y a morir en nombre de ellos.

La guerra, con su rastro de dolor y miseria, atrapó al menor con su guante de hierro y lo trituró entre sus dedos. En uno de los ataques más crudos, resultó herido mientras intentaba huir. Su cuerpo quedó sepultado entre los escombros junto con su cuaderno y su lápiz, esperando la muerte. Un hada se apiadó de él al reconocer la estampa feérica de sus únicas posesiones. Lo encontró tan grave que comprendió que no había esperanza de que pudiera sobrevivir en el mundo de los humanos, así que decidió llevárselo a Fabularia junto con el lápiz. Dejó atrás el cuaderno porque le pareció necesario que su gente tuviese al menos un recuerdo de la persona que él había sido.

Así, el menor de tres hermanos desapareció del mundo. Nadie reparó en su ausencia. Hombres, mujeres y niños caían cada día y todo lo que habían sido alguna vez terminaba reducido a un nombre y un

par de cifras. Tales eran los horrores que el egoísmo y la tiranía de dos hermanos habían desatado a su alrededor. No se sabe cuál de los dos ganó la contienda, pero poco importa. Solo se sabe que el mayor murió traicionado por su propia espada y que el del medio murió en una sublevación de sus súbditos, tal como había advertido su padre.

Fue en las labores de restauración de los reinos que un anciano dio con el cuaderno. Al abrirlo, el anciano descubrió con sorpresa que las letras no se habían borrado y que las palabras aún eran legibles en las crujientes páginas, que casi parecían susurrarlas toda vez que las manos grandes y arrugadas las hacían pasar. El murmullo de la copa de un árbol mecida por el viento.

El anciano no sabía nada de la cultura ni de las artes, pero sabía entregarse a las emociones cuando estas despertaban ante la belleza. Y belleza fue la que encontró en aquellas páginas. Se vio a sí mismo como un niño extraviándose en el bosque, sintió el tacto rugoso de los troncos y oyó al follaje contando sus propias historias con bocas de aire sobre su cabecita, entonces aún cubierta por una espesa mata de pelo castaño.

Aunque hubo muchas cosas que el anciano no entendió del texto, comprendió lo suficiente para considerar su descubrimiento como algo importante. Con las manos aún temblorosas y los ojos iluminados, el hombre llevó el cuaderno a la biblioteca más grande del país, como se llevaría un niño perdido y asustado a su hogar. Allí, especialistas recibieron con entusiasmo el sorprendente hallazgo, considerándolo una curiosa reliquia de guerra.

Con el tiempo, los expertos entendieron que el cuaderno contenía una obra literaria extraordinaria, que no merecía permanecer confinada entre sus páginas viejas. Se las arreglaron para editar y publicar el texto en miles de ejemplares que poco a poco fueron llegando a los hogares, las escuelas y los campos; a hombres y mujeres, de todas las edades. Ante la destrucción y el dolor que había dejado la guerra con su paso nauseabundo, abrir ese pequeño libro era como observar a una rosa abrir sus delicados pétalos a la urgencia del verano. Su lectura derramó lágrimas de gratitud y esbozó sonrisas de esperanza. Muchos corazones comenzaron a sanar, y tantos otros se

animaron también a traspasar sus emociones, pensamientos y recuerdos al lenguaje escrito. Poco después se imprimieron nuevos ejemplares en otros países y en otros idiomas humanos. Y mucho más tarde, en lo que los años se convirtieron en décadas y estas en siglos, las bellas palabras siguieron imprimiéndose sin parar en nuevos libros, hasta que generaciones enteras quedaron enlazadas por su goce.

Pero ¿quién había sido el magnífico creador de semejante obra, un clásico indiscutible? ¿Dónde había estado, para que la academia de las letras y las artes hubiera podido condecorarlo por su talento? ¿Dónde, para que las escuelas hubieran podido invitarlo a dar charlas sobre su experiencia y así inspirar el alma fértil de los niños de entonces? ¿Y dónde, para que, en fin, la gente hubiera podido aplaudirlo y vitorearlo largamente, como sin duda se había merecido?

De él solo llegó a conocerse su nombre, ya que estaba anotado al inicio del texto. Pero nadie habría podido saber que este registro no había nacido de la pretensión de identificar la autoría de tales palabras, sino simplemente para recordarse a sí mismo su propia identidad. ¿Qué más daba? El hijo menor ya no estaba en el mundo humano. Nunca pudo enterarse del prodigio que sus palabras, amontonadas en aquel pequeño cuaderno, habían conseguido en su tierra, y es probable que tampoco hubiera querido saber de ello. Él nunca había deseado para sí la gloria en vida ni la trascendencia en la posteridad; él solo había querido escribir una palabra bella tras otra.

Cierto año el cuaderno también desapareció. Los especialistas pensaron que ya había durado demasiado tiempo, y en parte tenían razón. El tiempo de aquel fragmento de árbol negro encantado por las hadas había finalizado. Las mismas hadas vinieron por él aquella noche, para devolverlo a su hogar. Y allí, en las frondas de Fabularia, cuaderno y lápiz por fin se reencontraron.

El hermano menor, ahora eternizado por la magia feérica, lloró lágrimas de emoción al ver otra vez a sus viejos amigos y fue tras ellos. Pero estos, como si hubieran despertado a su verdadera conciencia, emprendieron el vuelo y se marcharon rumbo a la espesura. Perplejo, el hermano menor salió en su búsqueda, hasta que casi se estrelló contra una muchacha que también venía corriendo.

Entonces se preguntaron al mismo tiempo:

—¿Has visto un lápiz y un cuaderno?

—¿Has visto un violín?

Una voz más antigua que el más antiguo de los antepasados humanos, que sonaba irremediablemente a una voz de árbol y a una voz de abuelo, respondió:

—Aquí estoy.

Y, desde entonces, su Canción no deja de sonar.

Ojizarco

En un pequeño pueblo colindante con Fabularia vivía un niño que no era como los otros niños. Se llamaba Guván. No era alegre ni aventurero, sino triste y tranquilo. Se quedaba mucho rato mirando el cielo, así fuesen nubes o estrellas las que lo atravesaran. También se dedicaba a observar las montañas, que la claridad del día recortaba una contra otra y que las penumbras de la noche confundían en una sola sombra gigante.

Como se la pasaba abstraído y silencioso, siempre estaba solo; Guván era, de hecho, el único de los niños del pueblo aficionado a contemplar la naturaleza. Esto no tardó en incomodar a sus pares. Era demasiado independiente. ¿Por qué no quería nada con ellos? ¿Acaso sus juegos eran demasiado pueriles? «No es humano», decían. «¿Y si fuera un monstruo?». No. Era demasiado blando, soso y miserable para ello.

Un día, un niño llamado Asterio se preguntó qué atraía la atención de Guván como para rechazar la compañía de los otros chicos, así que buscó imitarlo. Comenzó a aprovechar cada momento que no pasaba con sus amigos para observar a su alrededor, intentando mirar exactamente en la dirección en que Guván lo hacía. Al principió, no creyó distinguir nada interesante. Pero, con el tiempo, comenzó a notar que allí donde Guván miraba solían revolotear mariposas, y que él mismo comenzaba a aficionarse a estos ejercicios de contemplación de sus armónicos vueltos.

Ninguno de los niños se había fijado antes en el vuelo de las mariposas: estaban demasiado ocupados en disfrutar de los mundos que creaban sus juegos como para observar lo que pasaba a su alrededor. En cambio, Asterio, gracias a su curiosidad, había logrado distinguir mariposas antes de que se extraviaran en sus rutas secretas. Y eso lo hizo feliz de una manera insospechada.

De tanto en tanto, cuando las últimas luces del atardecer se desvanecían, los mayores recordaban entre murmullos la historia sobre cómo un pequeñísimo Guván se había aventurado en el bosque

prohibido de noche. Nadie sabía qué había vivido el niño allí, aunque era un hecho que tras su regreso no había vuelto a ser el mismo, no solo porque Guván fuese un chico taciturno, sino también porque sus ojos habían dejado de ser como los del resto de los habitantes del pueblo, marrones como la tierra recién batida para el arado. Desde entonces eran azules como dos pozos de agua oceánica. A veces, cuando esta historia se contaba entre las primeras sombras de la noche, algunos adultos osados se atrevían a pronunciar aquella palabra que solo usaban para referirse a los extranjeros de mirada clara que rara vez pasaban por el pueblo. Se trataba de una palabra extraña, que a Asterio le sonaba como el nombre de un demonio: ojizarco. Guván el Ojizarco.

Asterio se resistía a creer en tan extraños cuentos. Pensaba más bien que los adultos los habían inventado para disuadir a los niños de explorar el bosque prohibido: «¿Acaso quieres volverte raro como Guván y quedarte solo?, ¿quieres ser tú también un ojizarco?». Sí, esa parecía una buena advertencia. Era cierto que Guván era el único que había osado adentrarse en el bosque prohibido y nadie más que él tenía una mirada así de atractiva. Todo eso lo hacía un chico incómodo y extraño, también intrigante, y a Asterio le encantaban las intrigas.

Con todo, Asterio decidió posponer sus pensamientos sobre Guván por un tiempo para no meterse en problemas, hasta que sucedió un evento que terminó atándolo más que nunca a él. Fue durante el fin de una tarde particularmente animada. Los niños volvían a sus casas, con las luces del ocaso derramándose sobre ellos hasta teñirles la piel de encendidos colores. Encontraron a Guván en el camino, bañado por las mismas tonalidades. Verlo les hizo sentir incómodos: era como si la luz de su mundo buscara recordarles que él era un niño como cualquier otro, a pesar de su silencio y de sus ojos azules. Por eso, los niños se propusieron atacarlo como no lo habían hecho en mucho tiempo. Recogieron un puñado de piedras y prepararon las gargantas para las burlas.

Guván retrocedió asustado ante las piedras y, como los niños no tenían buena puntería, la mayor parte de ellas no logró golpearlo.

Pero el chico no pudo esquivar los insultos.

—¡Guván-Ojos-Ciegos! —le gritaron—. ¡Guván-Boca-Cosida, Guván-Piernas-de-Lana, Guván-Hijo-de-Loca!

Eran motes ridículos. Aun así eran palabras que lograban remarcar esas diferencias entre Guván y ellos: sus ojos azules, su silencio, su deambular tranquilo. Al menos nadie se atrevió a llamarlo «ojizarco». Era una palabra demasiado fuerte, incluso para la maldad infantil.

El niño no respondió a las provocaciones más que con su acostumbrada mirada melancólica. Asterio percibió un cambio repentino y breve en sus ojos.

El cambio que había arrojado una sombra sobre los ojos de Guván se parecía mucho al vuelo fugaz de una mariposa azulada.

Asterio se quedó mirando los ojos de Guván hasta que el resto de los niños lo llamó a gritos: el momento de las burlas ya había pasado y se hacía tarde para volver a casa.

Los colores del atardecer se habían apagado y la noche comenzaba a asomarse sobre los campos. Asterio sintió que salía de un sueño muy largo, aunque sabía que había estado despierto todo ese tiempo. Guván, roto también el encantamiento para él, desvió la mirada y se echó a caminar rumbo a casa, manteniéndose lejos del grupo de niños.

Una vez de vuelta en su propio hogar, Asterio no podía olvidarse de la mirada de Guván. Incluso con los ojos bien cerrados podía verla ahí, ante él, consumiéndose en una tristeza que no podía ser de ese mundo.

Asterio, como todo niño, había estado triste muchas veces. Conocía desde la tristeza de ver destruido su juguete favorito hasta la de saber muerto a su padre. Para él, la tristeza arrebataba el color de todo: las cosas seguían ahí, como siempre, pero ya no tenían la misma vida que antes. Aunque el paso del tiempo ayudaba a que algunas recuperaran sus matices, a veces Asterio sentía que había otras cuyo color era irrecuperable.

Sin embargo, la tristeza en los ojos de Guván era muy distinta a todo lo que él conocía. Era más bien como una puerta que se hubiera quedado abierta por la noche, permitiendo que todo lo importante se fugara en la más completa oscuridad. Porque Guván parecía vacío, o

más bien vaciado. Y lo que había quedado ahí, en el pozo profundo de sus ojos, era el dolor por aquello que se había perdido y a la vez el anhelo de recuperarlo.

Esa noche, arropado en su cama, Asterio soñó con Guván. No pudo recordar qué había soñado exactamente, pero a la mañana siguiente se encontró con los ojos hinchados y el peso de una angustia nueva y desconocida en el pecho. ¿Habría tenido una pesadilla? No, no lo creía posible: las pesadillas lo hacían despertarse entre gritos, aterrado por visiones que terminaban desapareciendo bajo la luz del amanecer y el calor de la taza de leche que su madre le servía al empezar el día.

Ahora bien, por más que acercaba su rostro al vapor tibio mientras se dejaba envolver por la claridad de la mañana, la angustia no se iba. ¿Así se sentiría Guván siempre? A Asterio le parecía que su malestar tenía que ver con él; después de todo, lo único que recordaba era que se le había aparecido en su sueño. Necesitaba hablar con él y preguntárselo. Asterio presentía que esa incomodidad no se iría hasta que descubriera de qué se trataba.

Con ese propósito logró animarse para ir a la escuela, intentando que su mamá no advirtiera su turbación. Lo consiguió, aunque no le fue tan bien ocultando sus emociones de sus amigos, que solían juntarse a jugar un poco antes de que empezaran las clases. Asterio estuvo distraído esta vez, cuando siempre había sido uno de los más ágiles y despiertos de su grupo. La tristeza desconocida pesaba en él como un fardo invisible en la espalda, volviendo torpes sus movimientos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó uno de los niños cuando ya estaban entrando a clases.

—Nada —respondió Asterio. Él sabía que era más fácil mentir que confesar que no estaba seguro de lo que le pasaba.

Por fortuna, el niño no insistió, pues Guván acababa de llegar a la escuela y ahora todas las miradas estaban posadas en él. Asterio no tardó en advertir que caminaba arrastrando los pies.

Guván entró lentamente a la sala, sin dar muestras de saberse observado. Los niños tampoco dijeron nada, hasta que uno de ellos se plantó ante los demás y comenzó a imitar el andar de Guván. Las risas

fueron creciendo como olas hasta reventar en la espuma de carcajadas: resultó ser una imitación tan estupenda como cruel.

Asterio no se unió a las risas. Su boca se había sellado por completo y ni siquiera podía sonreír. Su silencio se sintió más estruendoso que las burlas de sus compañeros y estos se dieron cuenta de su reacción.

—¿Por qué no te ríes?

Asterio se encogió de hombros. Porque no es gracioso, podría haberles respondido, pero no era esa la verdad. Era gracioso, pero a él no le había dado risa. Había aprendido que la tristeza pesaba como un saco de piedras; claro que podía entorpecer el andar de alguien. Ahora bien, eso solo podía saberlo alguien que recién empezara a encorvarse por su peso. Alguien como él.

La campana vino en rescate de Asterio, indicando el inicio de las clases. Los niños entraron en tropel a la sala y se ubicaron en sus lugares correspondientes. Guván, como siempre, se sentó al fondo, encogido al punto de ser casi invisible. Asterio, de cuando en cuando, buscaba excusas para voltearse y mirar su rostro, pero no consiguió contemplar sus ojos nuevamente. Cada vez que lo intentaba, veía a Guván con la cabeza gacha, como si algo lo avergonzara profundamente.

No tuvo mejor suerte al final de clases, pues Guván salió muy rápido y no tardó en perderse por el prado. Asterio debió quedarse con sus amigos, para retomar la rutina de jugar antes de volver a casa a almorzar. Y aunque en esta oportunidad logró distraerse con el grupo, la sensación de vacío volvió con aún más fuerza al encontrarse a solas, y así comenzó a suceder toda vez que las risas y los gritos se desvanecían a lo largo del día.

—¿Qué tienes, Asterio? ¿No estarás enfermo?

Asterio respondía siempre que no, que solo estaba cansado. Su madre lo miraba entonces con la duda teñida en el semblante y le repetía que eso podía ser un primer indicio de enfermedad. Asterio aprovechó esas reprimendas para disminuir sus salidas con sus amigos, pues sentía gran necesidad de estar a solas con sus pensamientos.

¿Qué le pasaba? Su madre y sus amigos se lo preguntaban, pero

nadie conocía la respuesta. Asterio no tenía la temperatura alta, no había perdido el apetito y su rostro mantenía sus colores. Pero había algo distinto en él y Asterio no tenía palabras expresarlo. Aquello que él había identificado como tristeza había terminado convirtiéndose en algo mucho más complicado. El mundo ya no solo se le aparecía en blanco y negro, pues la sombra azulada de los ojos de Guván rondaba por él. No podía dejar de pensar en el niño y en lo que tendría que haber visto o vivido en el bosque prohibido para que le hubiera contagiado esas sensaciones.

Desafortunadamente no había forma de acercarse a Guván. Estaba claro que él intentaba evitarlo, lo que solo confirmaba las sospechas de que Asterio había sido el culpable de transmitirle ese estado. Asterio no tenía la energía ni el coraje suficientes como para buscar a Guván y pedirle explicaciones. Por el contrario, se hundía cada vez más en su soledad y sus pensamientos. Un día llegaron imágenes extrañas a su mente, imágenes de castillos antiquísimos cubiertos de musgo, anteriores a toda historia que hablara de ellos, y de montañas, árboles y cascadas gigantescos, como si su naturaleza se hubiera desatado al verse libre de la existencia humana.

Era todo hermoso, pero el corazón de Asterio se henchía tanto de alegría como de dolor al percibir estas imágenes. Alegría, porque sus visiones le hacían sentirse afortunado de estar vivo, aunque solo fuese para conocerlas a través de ensueños; dolor, porque estaba seguro de que nada de lo que veía existía ya, si es que había existido alguna vez.

Asterio nunca había salido del pueblo y todo lo que sabía del exterior se sostenía en los relatos de su madre y las lecciones de su maestra. Era evidente que allá afuera, más allá de los prados, había muchas maravillas desconocidas de las que jamás oiría nada, ni en su casa ni en la escuela. Esto, sin embargo, era diferente. Asterio sentía que aquellas visiones pertenecían a otro mundo, uno que quizá fuese el mismo en el que ahora vivía, pero ancladas en un pasado tan remoto que no había forma humana de llegar a ellas.

Si era así, ¿cómo podía verlas en su mente? Porque ahí estaban, en su memoria, como si las hubiera conocido alguna vez. No eran producto de su imaginación, sino de otra fuente. ¿Cuál? ¿Por qué

estaba viendo estas cosas? ¿Y cómo era posible que pudiesen conciliar en su corazón sentimientos tan contradictorios?

Asterio se encontraba muchas veces llorando, confundido por estas preguntas sin respuestas, solo para sonreír al poco rato, como un loco que hubiera perdido el control de sus emociones. Tal vez sí había enfermado. Y ojalá fuera una enfermedad que le hubiera contagiado Guván, porque eso significaba que no era el único que la sufría y gozaba al mismo tiempo. Pensaba que tenía que reprochárselo y agradecérselo al mismo tiempo.

Una vez que lo pensó mejor, comprendió que solo deseaba hablar con él porque creía que era el único que podría entenderlo. Sabía que jamás podría compartir estas cosas con sus viejos amigos, pero no lo lamentaba. El recuerdo de los ojos de Guván y de aquellas visiones ocupaban todo su corazón.

Una tarde, Asterio se animó a salir solo. Quería ver esos prados que apenas rozaban la belleza de aquellos otros, quería encontrarse con Guván. Quería respuestas, o quizá más preguntas hermosas.

No tardó en encontrarse con sus antiguos compañeros de juegos, que en el acto detuvieron sus carreras y se quedaron mirándolo en silencio. Bastó ese intercambio de miradas para hacerles descubrir que ya no eran amigos. Pero a Asterio, curiosamente, eso no pudo importarle como debiera haberlo hecho. Ante el dolor de sus visiones, todo se le hacía pequeño; ante la alegría, toda pérdida se volvía mínima.

Sus antiguos compañeros le parecían ahora como el recuerdo cada vez más difuso de una pesadilla ante la luz del mediodía. Seguramente los chicos sentían algo parecido al verlo ahí, con la mirada extraviada en paisajes que jamás habían visto en su mente y que jamás verían. Debían pensar ellos también que Asterio había enfermado, pero sus rostros no eran tanto de compasión o tristeza como de miedo y asco. ¡Ellos no querían contagiarse! ¿Y cómo culparlos? Asterio tampoco lo hubiera deseado antes, porque enfermarse, así como se veía, era volverse distinto a todos y tener que caminar a solas, arrastrando los pies como un idiota. Enfermarse era como haber desafiado las advertencias de los padres: haberse internado en el bosque prohibido

solo para regresar siendo como Guván. Enfermarse era volverse un ojizarco, un demonio proscrito.

Por eso no hubo más despedida que un desencuentro de miradas. Se mirarían como a través de un vidrio empañado, reconociendo aún rostros y gestos, pero ignorando por completo los nuevos matices de sus expresiones. Como se mira a quien ha dejado de ser un amigo.

Los ojos de Asterio buscaron a Guván. Se posaron en el extenso horizonte del prado, en la corriente del riachuelo que rodeaba al pueblo, en las esponjosas nubes que recorrían los cielos y en los lejanos picos de las montañas que marcaban la frontera con otras aldeas, quizá otros países. Pero no vio a Guván por ninguna parte.

Asterio se encaminó hacia la casa del niño, la más pobre y descuidada del pueblo, e intentó espiar por las ventanas, para ver si Guván estaba adentro. Las ventanas estaban tan sucias que apenas consiguió ver la sombra de la madre de Guván, una sombra grande y encorvada, que se movía en círculos.

Alguna vez, sin embargo, esa sombra había sido pura luz, al menos eso comentaban los pueblerinos al calor de las chimeneas de sus hogares. Una mujer radiante, con la boca llena de sol. Asterio no la recordaba así; era demasiado pequeño cuando ella aún asomaba su risa por los campos.

Lo que contaba su madre era que, tras esa noche en que Guván había aparecido al fin en la entrada del bosque, ese lugar al que nadie debía acercarse jamás, la mujer había enloquecido. Desde ese momento, ella también había dejado de ser quien había sido, incluso perdió su nombre, ahora era solo la Loca, la loca del pueblo. Y Guván, de ojos azules y mirada ausente, su hijo raro.

La Loca le daba miedo a Asterio, aunque su deseo de encontrar a Guván era más fuerte que su cobardía. Sin embargo, no fue lo bastante fuerte como para disimular su torpeza natural, y así la Loca salió rápidamente de la casa al advertir que estaba siendo espiada.

—¡Tú! —gritó ella, y Asterio sintió que su nombre no valía nada, que no era más que un niño vulgar, como todos los demás—. ¿Qué haces fisgoneando por mi casa?

Asterio logró calmar sus temblores y respondió:

—Estaba buscando a Guván, su hijo. Pensé que podía estar adentro.

—¡Mi hijo…! —volvió a gritar la mujer, echando espuma por la boca—. ¡Cómo te atreves a llamarle a *eso* «mi» hijo! Mi hijo murió esa noche, hace ya unos años. Esa criatura que encontraron con los ojos azules y la mirada perdida no era mi hijo. ¡Es un monstruo, un ojizarco! Lo crearon las bestias esas; le chuparon la sangre y se la reemplazaron por savia, le arrancaron los ojos y le incrustaron dos zafiros, y le vaciaron los sesos y le metieron cosas en el pecho. A mi hijo, mi verdadero hijo, esas se lo llevaron a lo más profundo del bosque, para siempre. ¡Más le valdría haberse ahogado en el riachuelo!

Asterio huyó despavorido, con las carcajadas y sollozos de la Loca resonando en sus oídos. Corrió tanto que perdió el rumbo de su carrera, encontrándose de pronto muy cerca del bosque prohibido, como si el horror hubiera atraído sus pasos.

Allí, por supuesto, se encontraba Guván.

Los niños se miraron por un rato, aprovechando que no había nada ni nadie cerca que pudiera interrumpir su mutua contemplación. Asterio había pensado en huir otra vez, porque las palabras de la Loca habían calado en él como una lluvia helada, pero descubrió que no podía hacerlo. Los ojos azules de Guván, bellos en el enigma de su diferencia, lo habían cautivado. Se preguntó si sería realmente aquel monstruo del que la vieja había hablado. Porque, si lo era, era el monstruo más triste. ¿Cómo temerle a un ser así, expulsado o arrojado fuera de su verdadero hogar y rechazado por todos?

Asterio se sintió inundado por la tristeza de descubrir cuánto sufría la criatura que tenía enfrente. Era una tristeza humana, que permitía convertir a dos niños marginados en amigos.

—Te busqué por todas partes —dijo Asterio—. ¿Qué haces aquí, tan cerca del bosque?

—Una noche, hace ya unos años, perdí algo muy importante ahí adentro. También gané otras cosas, pero a veces siento nostalgia y me vengo aquí a recordar. ¿Por qué me estabas buscando?

Asterio titubeó. Eso: ¿por qué? Por las visiones, por el contagio de los ojos azules, por la reciente soledad. Por el dolor y la alegría y los

surcos de fuego que habían abierto en su corazón.

—Porque ya no soy el mismo de antes. He estado viendo y sintiendo cosas extrañas. Creo que tú tienes la culpa.

Guván pareció extrañado.

—¿Qué?

—No sé si es algo malo, pero tú eres el responsable. Te miré a los ojos un día y desde ese momento todo cambió.

Guván se le acercó hasta cogerlo de los hombros. Sus mejillas se habían encendido por la agitación y sus ojos brillaban febrilmente.

—¿Entonces tú también lo ves? ¿Ves el Otro Mundo?

—¿El Otro Mundo?

—El mundo original —explicó Guván, aunque sus palabras solo lograron confundir aún más a Asterio—. El mundo que tendría que haber sido este, el mundo al que este tendría que volver algún día.

—No entiendo, Guván. ¿De qué estás hablando?

—Dime qué has visto.

—Castillos, cascadas, árboles. Cosas así.

—¡No, no, no! —Guván lo soltó de pronto, molesto—. ¡Así no! Te quedas tan tranquilo llamando «árbol» a un árbol del Otro Mundo, ¡así nada más! ¿Es que no los has visto bien? ¿No has visto cómo el sol y el viento doran y mecen las hojas, como si estuvieran preparando un plato secreto? ¿No has oído cómo la cascada canta una canción que resuena en todas las aguas? ¿Y no has llegado a tocar el musgo en las murallas de los castillos, como si acariciaras la piel de los tiempos?

Asterio se alejó unos pasos. Guván hablaba de forma extraña y confusa, aunque sus palabras sonaran como pequeñas llaves en sus orejas, echando abajo los cerrojos de su imaginación.

Sí, si se concentraba lo suficiente, podía ver las cosas como las describía Guván. Aunque Asterio se descubrió sin haber aguzado aún el oído ante el agua y sin haberse atrevido a alargar la mano hacia el tejido verde que recubría la piedra de los castillos.

—No se me ocurrió pensar que podía hacer todo eso. Pensé que eran alucinaciones, como las que uno tiene cuando está con fiebre o en sueños. ¿Entonces tú ves y sientes todo lo que me has dicho? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Es una de las cosas que gané cuando me adentré en el bosque —respondió Guván.

—¿Y qué perdiste a cambio?

Guván se encogió de hombros.

—Muchas cosas. Entre ellas, una vida tranquila y normal, como la de ustedes.

Asterio no supo qué responder, pero se atrevió a hacer una última pregunta:

—¿Y valió la pena?

Guván sonrió por primera vez. Y fue una sonrisa orgullosa.

—Sí.

El viento envolvió a los niños en oleadas de silencio.

—¿Quieres que te lo muestre?

—¿Eh?

—¿Quieres que te muestre lo que podemos ganar? Después de todo, tú has visto cosas. Mis ojos han visto muchas más, pero tú solo pudiste conocer unas pocas porque las miraste durante un único instante.

—¿Por eso se te pusieron azules?

—No lo sé. Trato de no pensar mucho en ese tipo de cosas —Guván hizo un gesto de hastío—. ¿Vienes entonces?

—¿También se me pondrán los ojos azules si te acompaño? ¿Dejaré de vivir una vida tranquila y normal? ¿Perderé tanto como tú?

De pronto, el viento dejó de soplar.

Asterio, nervioso ante el silencio, miró a su alrededor para no tener que enfrentarse al semblante tranquilo de Guván. Le dio la impresión de que no podía reconocer ya el prado en el que se encontraban.

El mundo parecía haber vuelto a un pasado en el que el pueblo ya no existía. Un mundo que debía ser joven, pero que, por alguna razón que Asterio no lograba entender, se sentía viejo, viejísimo, casi tanto como las montañas, a las que no se le conocía infancia ni juventud.

—Tú tienes que decidir si quieres venir o no —dijo al fin Guván. Su voz, aunque determinada, sonó triste—. En realidad, no sé si te pasará lo mismo que a mí. Pero sí sé que te pasará algo. ¡No puedes esperar que algo así no te cambie! ¿Quieres cambiar?

—No lo sé. Siempre había estado bien así. O, al menos, lo estaba

hasta que empecé con las visiones —Asterio comenzó a temblar, recordándolas de golpe: un estallido de formas y colores en su mente, en su memoria—. Una parte de mí desearía no haberlas descubierto nunca.

—¿Y la otra?

—La otra quiere acompañarte y ver todo lo que tengas que mostrarme.

—Entonces ven conmigo. Ven al bosque.

Asterio quiso decirle que tenía miedo, pero las palabras no salieron de su boca.

—Está bien —dijo Guván, tras unos instantes de silencio. Parecía decepcionado—. Iré solo. Adiós, Asterio.

Era la primera vez que Guván pronunciaba su nombre. La primera vez en la vida.

Guván se marchaba. Y, con él, un puñado de maravillas, entre ellas la posibilidad de que siguiera pronunciando su nombre con su voz. No podía permitírselo.

—¡Espera! ¡Voy también!

Guván le hizo un gesto y Asterio aceleró hasta alcanzarlo.

Paso a paso, ambos llegaron a la linde del bosque, marcada por una hilera de árboles que se extendía como una barrera a lo largo del prado. A Asterio le recordó las rejas con las que la gente del pueblo limitaba sus territorios y resguardaba la propiedad de sus animales. Tal vez aquellos árboles, en su rectitud antinatural, estuviesen también señalando su propia frontera. De un lado, el pueblo, con su vida rústica y sin embargo agradable; del otro…, ¿qué? ¿El mundo donde las visiones eran o podían ser realidad?

Asterio pensaba en eso mientras seguía a Guván, ahora entre los árboles, internándose cada vez más profundamente en el bosque. Se sentía como si estuviera entrando a escondidas en una casa ajena, pero no del todo desconocida. La tierra parecía más blanda y húmeda bajo los zapatos, y las copas de los árboles filtraban de tal forma la claridad exterior que teñían los cuerpos de los niños como el pelaje de un tigre de luz y sombra.

Todo parecía más vivo allí adentro, en el apretado abrazo de la

arboleda. Un árbol no podía ser un árbol, como había dicho Guván. Claro que había árboles en el pueblo, pero todos ellos eran tan similares a los del bosque como los perros a los lobos. Los árboles del bosque, con sus largas barbas de hiedra, sus troncos erguidos y sus ramas dispersas sin control humano alguno, eran salvajes, libres, hermosos.

Asterio tuvo que detenerse un momento y cerrar los ojos, porque la visión de estos árboles era demasiado para él, que solo conocía los manzanos o naranjos que los pueblerinos habían logrado domesticar.

Así, a oscuras, sintió que había dejado de pertenecer al mundo conocido. Los recuerdos de su vida cotidiana se derramaban de su corazón como el agua se apresuraba a huir del cuenco de las manos que intentaban contenerla. Estaba libre del pueblo, al menos en ese momento. Por ello, pudo comenzar a internarse en otro mundo: el del bosque que respiraba bajo su propio ritmo ancestral sobre su nuca.

Asterio se mantuvo inmóvil y con los ojos cerrados por un tiempo incierto, que podría haber sido cien años o un minuto. Entonces, un suave remezón lo apartó de sus ensueños. Asterio abrió los ojos, desconcertado, y se encontró con los ojos azules de Guván posados en él.

—Es verdad que has conocido las visiones —dijo Guván.

De pronto todo lo cotidiano había vuelto en violentas oleadas al corazón de Asterio. Volvieron los rostros vacíos de los otros niños, la voz monótona de la maestra dictando sus lecciones, los ladridos de los perros y los días y las noches imprimiendo sus huellas sobre la tierra.

El corazón de Asterio volvió a enraizarse en el miedo y la confusión.

—¿No confiaste en mi palabra? ¿Me invitaste a venir solo para someterme a una prueba?

—¡No! Si no te hubiera creído, no te habría invitado. No es como si un niño común hubiera podido inventarse algo como eso de la nada.

Asterio sintió una pizca de orgullo al ver que Guván insinuaba que él no era un niño común, pero dejó que la emoción le resbalara. Además, ¿por qué de repente le importaba tanto la opinión de Guván?

—¿Y entonces?

Guván enrojeció.

—Quise decir que has visto más de lo que pensé al principio. Y ahora quiero decir que eso me hace muy feliz.

Asterio sonrió, sintiéndose de pronto mucho más aliviado a medida que las raíces de duda se le iban desanudando en el pecho. Sí, Guván tenía también miedo, a su modo. No al bosque, era evidente, y quizá ni siquiera al arrebato de las visiones. Sí a cosas mucho más simples, como hablar con otro niño.

Era extraño: si bien esa última visión lo había acercado más a eso que Guván llamaba «Otro Mundo», ahora Asterio creía haber descubierto nuevas cosas sobre algunas pequeñeces de su propio mundo. Por ejemplo, ya no podía pensar la amistad como antes. Porque antes la amistad para él era reír y murmurar en clases, cuando la maestra no estaba mirando, y jugar el resto de las horas que quedaban esparcidas entre las tareas y las obligaciones campestres que asignaban los padres. En cambio, Asterio ahora sentía que la verdadera amistad nacía de compartir un secreto. Y había muchos secretos que lo unían a Guván: el del encanto de los ojos azules, el de las visiones, el de esta escapada al bosque. ¿Qué importaban las risas, los murmullos y los juegos vanos, siempre idénticos? La amistad era más bien esto: avanzar torpemente de la mano de otro chico, con el que se compartían sueños de un mundo remoto, por la fronda salvaje.

Paso a paso, salto a salto y tropiezo a tropiezo, los chicos lograron llegar a un claro. O, mejor dicho, Guván ayudó a Asterio a llegar a él. Guván se había desplazado con tanta seguridad por los senderos inciertos del bosque como si hubiera recorrido esa misma ruta varias veces, o como si él mismo la hubiera creado en sus viajes. Al pensar en esto, Asterio se estremeció. ¿Es que entonces Guván acostumbraba a internarse en el bosque tras aquella fatídica noche? Parecía una locura y sin embargo al mismo tiempo sonaba bastante lógico. Si Guván había perdido y ganado tantas cosas en ese lugar, si su vida misma había cambiado por completo en él, era razonable que deseara volver al bosque. «A veces siento nostalgia y me vengo aquí a recordar», había dicho Guván. Por nostalgia también Asterio estaba ahora a su lado. Nostalgia por un mundo que tal vez nunca había existido y que tal vez nunca existiría.

—Aquí es donde me encontré con *ellas* —explicó Guván—. Esa noche entré al bosque y me perdí, hasta que vi una luz a lo lejos y la seguí. Así las conocí.

—¿A quiénes? ¿Quiénes son *ellas*?

Guván sonrió con pudor.

—*Ellas*, mis salvadoras y mis verdugas. ¡Las hadas!

Asterio miró a la alta copa de los árboles, ahora una bóveda casi negra de lo apretada que se veía desde abajo, y distinguió un grupo de luces danzarinas que se movían entre lo que parecían ser risas femeninas. Un olor intenso de flores desconocidas lo impregnó todo a su alrededor. Luces, risas, olor a flores: todo tendría que haber sido hermoso y sereno, pero el corazón de Asterio se hundió en el pavor.

Entonces supo que el Otro Mundo también era eso: luces, risas, olor a flores; el miedo atroz del ser humano ante el enigma de sus hermanas perdidas, junto con una atracción feroz por el deseo de descubrirlas y una alegría desbordante al encontrarlas.

Las mejillas de Asterio se humedecían por el llanto. El niño tuvo el impulso de huir, pero la mezcla de emociones había paralizado su cuerpo. Guván, a su lado, parecía haberse olvidado de su presencia, obnubilado ante las presencias que él había llamado «hadas» y que ahora comenzaban a cobrar forma humana ante sus ojos, como mujeres espigadas envueltas en un manto de luz.

Una vez que Asterio logró comprender que esas mujeres no le harían daño, notó que había alguien más entre ellas, alguien que se le hacía terriblemente familiar. Su visión lo intrigó tanto que lo serenó. Era un niño, como de la edad de Guván y él, y parecía perdido en ensoñaciones. Venía de la mano de un hada, como un animalillo regalón o un frágil paje. Sus ojos pardos tenían una mirada dulce, pero lejana, como si hubieran querido ir tras las huellas del resplandor dorado de los ojos de las hadas y hubieran tenido que conformarse con quedarse a medio camino. ¿Quién era ese niño?

—He vuelto otra vez, querido Guván Ojipardo —dijo Guván Ojizarco, plantándose ante el niño, con la voz trémula—. ¡Pero no estoy solo! Asterio ha venido conmigo. Asterio es mi nuevo amigo, mi único amigo, Guván Ojipardo. ¿No estás contento? ¡Ya no estoy solo!

Guván Ojipardo sonrió tristemente. Por toda respuesta, tendió a Guván Ojizarco una flor de pétalos azules que se destiñó y resecó hasta volverse una costra castaña en las manos del niño.

Las hadas rieron, pero no sonó tanto a burla como a piedad.

—*Y no ibas a estarlo, Guván Ojizarco* —le dijeron—. *Apenas unos instantes antes de que llegaras se ha cumplido el plazo, así que tendrás que marcharte con nosotras.*

El rostro de Guván Ojizarco se deformó en una mueca de dolor.

—¡No! ¡Asterio es mi amigo! Asterio estuvo buscándome por mucho tiempo sin que yo hiciera nada para buscarlo, por temor a traspasarle mi condena. ¡Incluso vino al bosque conmigo porque confiaba en mí!

Las hadas rieron. Ahora sus risas sonaron a sollozos.

—*¡Pobre Guván Ojizarco! ¿Cómo sigues negándote a ti mismo la verdad? Aquel niño llegó a ti porque se asomó al pozo de tus ojos. Sabemos que te esforzaste todos estos años en apartarte de los otros niños para no condenarlos a tu destino, pero nunca te imaginaste que alguien podría interesarse genuinamente en él. Mas, ¡ay!, ese interés no es lo mismo que una amistad de verdad. Asterio está empezando a ver las visiones; lo has maldecido y él ha aceptado gozoso esa maldición. Eso no es una amistad, no como la que te exigimos para liberarte. Porque él no ha amado lo que eres ahora, sino aquellas visiones que ahora comparten.*

Guván Ojizarco dejó escapar un alarido y cayó de hinojos sobre la hojarasca, vencido en llanto. Asterio, a su lado, permanecía petrificado, intentando entender lo que estaba oyendo.

Hasta que al fin las palabras brotaron de su boca, débiles:

—¡Es verdad! ¡Guván es mi amigo! No fueron las visiones; primero fue mi interés por él, por su soledad y su tristeza. Él no tiene la culpa de nada y no ha hecho nada malo. No entiendo lo de las visiones, pero ¿cómo podrían ser una maldición? ¿Y cómo podría ser malo que nuestra amistad se sostuviera en el hecho de que ahora las compartimos?

Esta vez, las hadas no rieron.

Asterio se acercó temblando al Guván Ojipardo.

—¡Al menos tú escúchame! Tú eras el Guván original, ¿verdad? El que existía hasta que te perdiste en el bosque. ¿Por qué las hadas

crearon dos Guván y al que logró salir del bosque le dieron ojos azules? No lo sé; no lo entiendo y creo que tampoco quiero entenderlo. Pero si tú eres Guván también, tú también eres mi amigo, ¿no?

Guván Ojipardo sostuvo las manos de Asterio entre las suyas, sonriendo con el gesto puro de un bebé. Asterio sintió tal arrebato de amor que tuvo que rendirse nuevamente a las lágrimas.

—*Todo es muy bello y muy cierto* —dijeron al fin las hadas—. *Aunque de nada sirve, pues ahora puedes ver el Otro Mundo. Ahora estás atrapado en nuestra condena, que es también una salvación en sí misma. Como a Guván Ojizarco, tendremos que maldecirte a portar las visiones y permanecer como eterno marginado por su gracia, a menos que consigas un amigo honesto que te ame por lo que eres y no por lo que puedas mostrarle. Ahora ya sabes bien que, si llegas a atraer a alguien por el encanto de tu mirada, condenarás a esa criatura a tu mismo destino. Y que, de no conseguir un amigo de verdad en un plazo de siete años humanos, tendrás que marcharte con nosotras rumbo a nuestra patria, para ya no volver jamás.*

»*Son reglas muy simples. Como las de uno de esos juegos a los que solías jugar.*

—¡Guván! —gritó Asterio, volviéndose hacia quien él había creído hasta hace un rato su amigo, acaso el único que realmente había tenido. Y Guván, que no había dejado de sollozar, de pronto alzó el rostro sufriente hacia Asterio.

—¡Lo siento mucho, Asterio! ¡Lo siento tanto!

Guván no supo qué decirle. Le estaba agradecido por enseñarle el revés de la vida en aquellas últimas horas. También se sentía herido por el dolor que le suponía perderlo, perder ese embrión de amistad entre ambos que las hadas habían desechado tan cruelmente. Incluso, aunque le avergonzaba reconocerlo, se sentía envidioso por aquella condena definitiva que tanto se parecía a una ida al Paraíso. Era la partida perfecta: se iba, sí, se iba; probablemente las hadas lo hubieran dispuesto todo para que nada pudiese torcerse en aquel destino, pero Guván había jugado estupendo a su juego y había logrado un movimiento inesperado: irse, sí, pero despidiéndose de él.

Como se despiden dos amigos que en su ausencia crean la más sólida de las amistades, esa que ni siquiera las hadas podrían quebrar.

—Asterio, amigo —murmuró Guván, abrazando al niño—. Gracias por todo. Nunca, nunca te olvidaré. Ni siquiera cuando esté en el Otro Mundo. Te lo prometo. Guván Ojipardo y yo te lo prometemos.

Guván Ojipardo asintió, pero nadie lo vio, ni siquiera las hadas. Estas yacían confundidas contemplando la escena, tan humana que les resultaba inefable.

—¡Adiós, Asterio, amigo! Acaso nos veamos otra vez algún día, en algún lugar…

—¡Adiós, Guván! —logró exclamar Asterio al fin, mientras unas hadas rodeaban a su amigo y se lo llevaban consigo, como unos guardianes se llevarían a un condenado a muerte rumbo al patíbulo o caballeros a un príncipe rumbo a su palacio.

—Ya está, ya lo han hecho —dijo Asterio—. Ahora regrésenme a mi pueblo. Ahora empieza mi partida en su juego y les juro que no podrán engañarme como a Guván. Las derrotaré en su honor.

Las hadas rieron. Asterio tuvo ganas de reír también, pero temió que la risa se le convirtiera en gemidos.

—Nos gustan los desafíos, Asterio. ¿Te acercarás entonces a nosotras para sellar el pacto? ¿Abrazarás la sombra desconocida de tu estirpe, como tantos otros lo hicieron antes que tú, desde Guván hasta tus antepasados más remotos?

Asterio asintió.

Guván Ojipardo se cubrió el rostro con las manos en el momento en que las hadas que quedaban rodearon al niño hasta confundirse todas en un haz de luz. Asterio sintió como si una espada de fuego le descendiera sobre los ojos llorosos y luego lo partiera en dos.

De modo que así se sentía comenzar a vivir de verdad, a morir de verdad. De modo que eso era existir, tener un destino.

Cuando despertó, Asterio se encontró tendido en las lindes del bosque. Oscurecía. Atontado, se irguió y se limpió como pudo la tierra y las briznas que se le habían impregnado en las ropas. Inmediatamente se dio cuenta de lo ridículo de este gesto: la

naturaleza había calado de otra forma en él y ya no habría forma de deshacerse de su estampa.

Aunque los ojos ya no le dolían, sentía que algo importante le había sido arrebatado. Al menos lo que era más importante para él ahora: el recuerdo de Guván y de su amistad con él seguía ardiendo en su pecho. Era todo lo que necesitaba para sobrevivir, para entender el destino que le había sido asignado por haberse atrevido a elegir su propio rumbo en la vida. Y estaba conforme.

Volvió a la casa con el corazón desbocado. Tocó la puerta y esperó su acostumbrado rechinar con los ojos cerrados. Su madre enseguida salió a saludarlo con sus amonestaciones por haber llegado tan tarde, aunque se detuvo tan pronto notó la extraña actitud de su hijo. «Instinto de madre», supuso Asterio, y sintió otra vez ganas de llorar. Ella no tenía la culpa de nada. Había sido una buena madre y, tras la muerte de su esposo, Asterio era la única familia que tenía. Era injusto, pero las hadas vivían bajo su propio sentido de justicia, y Asterio estaba lejos ya de los dominios de las estructuras humanas. Era doloroso, pero Asterio sabía que todo ser viviente amado merecía una despedida. Lo había aprendido de Guván.

—Mamá, he venido a decir adiós. Espero que algún día puedas perdonarme.

Asterio abrió los ojos azules. La mujer dejó escapar un aullido que resonó entre las paredes de la casa, y allí se quedó, como el eco de los gritos que años atrás había liberado otra mujer que también se había encontrado con una mirada azulada.

El niño cerró los ojos otra vez para recordar a su madre como había sido antes, una mujer buena y esforzada, y paso a paso, salto a salto y tropiezo a tropiezo, se alejó de su hogar, del pueblo y del país. En algún lugar del mundo exterior, que quizá ocultaba tantas maravillas como el propio Otro Mundo, encontraría la respuesta a sus preguntas. O la solución a su complicado juego con las hadas. El mundo entero se convirtió en un bosque escarpado que tendría que recorrer a solas, sin más guía ni consuelo que las visiones, su recuerdo de Guván y el faro de sus propios ojos. Pero eso era suficiente.

Así fue como Asterio Ojizarco comenzó su partida contra las hadas:

determinado a jugar bien su primer turno. Mientras, en aquel bosque de aquel lejano pueblo colindante con Fabularia, las hadas esperan pacientemente la llegada de un nuevo turno. A su lado, indiferentes a todo, yacen dos niños de ojos pardos que van a todas partes con las manos entrelazadas. Quien los viera pensaría que son los mejores amigos del mundo, que sus rostros no son sino el reflejo del supremo poder del amor humano. Pero nadie los verá nunca, pues a las hadas les abruma revelar que, en el fondo, su compasión es mayor a la crueldad de sus juegos.

El pastor de dragones y el escritor viajero

Fabularia es un mundo tan enorme que ni las manos de los dioses pueden contenerlo entre sus palmas abiertas. En él hay océanos de tonalidades de azul que aún no reciben nombre, bosques que hunden sus raíces hasta las profundidades y cadenas de montañas que recorren como serpientes gigantescas las tierras y los valles.

En ese mundo, en un pequeño valle ubicado en las faldas de una montaña baja, cercano a un mar de oleaje añil, vivía un pastorcito. Por ser él un habitante más del Reino de las Historias, es decir, un fabulante, no era un pastor convencional. No cuidaba de ovejas ni de cabras; tampoco de alpacas o de vacas.

Lo que él cuidaba eran dragones.

Cada cierto tiempo, una cigüeña robusta llegaba a su choza con un pesado huevo en su equipaje. A pesar de sus similitudes, ningún huevo era exactamente igual al otro: los distinguía siempre alguna marca en su cáscara, una diferencia en el tamaño u otra en la forma. Al igual que una madre, el niño pastor podía reconocer con facilidad un huevo de otro nada más mecerlos por primera vez entre sus brazos. Por lo general, nunca tenía a su cargo más de cinco huevos a la vez. Eso le daba tiempo para dedicarse a las crías de dragones nacidas en la temporada pasada, que eran las que más necesitaban de su cuidado. En cambio, un huevo estaba bastante seguro por el solo hecho de ser un huevo.

El niño a veces se preguntaba cómo sería haber llegado al mundo así, en tu propio recipiente seguro, como una cama redonda, mullida y sellada frente a todas las molestias del mundo exterior. Por un lado, debía ser bastante aburrido, se decía el pastor. Los huevos se pasaban toda su vida ovácea mudos y quietos, a menos que unas manos imprudentes los hicieran rodar con fuerza por la tierra. Qué hacía el bebé dragón en su interior era un misterio. Por otro lado, el pastor se decía que debía resultar bastante cómodo a pesar de todo, más aún si era uno de los huevos que la cigüeña depositaba en el buzón de su choza. Los elegidos podían entonces contar con calefacción adicional

asegurada, pues todos saben que los huevos, en ausencia de madres que puedan empollarlos, requieren de una fuente de calor alternativa que los acoja.

Como el niño no era particularmente grueso ni acalorado, no podía encargarse por su cuenta de este delicado procedimiento. Por ello había acondicionado su criadero de dragones de modo que la lava del volcán más cercano emitiera sus vapores de manera constante. Eso mantenía a los huevos calentitos y brillantes, hasta el punto en que el pastor tenía la impresión de que a veces temblaban entre zumbidos, como si los dragoncitos en su interior estuvieran ronroneando de puro contentos. Valía la pena el precio que pagaba a los aventureros por esa lava.

Cuando los huevos estaban por eclosionar, el pastor preparaba toda su indumentaria y activaba todos sus conocimientos dragoniles. Primero, observaba con atención la cáscara y las grietas que se estuvieran dibujando en ella. Era importante advertir a tiempo cuál era la dirección o fuerza que la cría estaba ejerciendo desde adentro para nacer. Contrario a lo que se podría pensar, los dragones bebés eran bastante débiles y torpes y no estaban muy conscientes de que sus erráticos movimientos dentro del huevo eran parte de su nacimiento.

A veces sucedía que un dragón más distraído, perezoso o frágil que los demás suspendía sus intentos a medio camino. Entonces quedaba una pata o una cola afuera, o dos ojos aturdidos contemplaban el exterior con expresión de sorpresa. En esas situaciones, el niño pastor debía intervenir con sus herramientas. Con unas tijeras o un cincel ayudaba a ampliar las grietas ya abiertas en la cáscara, hasta liberar cualquier extremidad atascada y, al final, permitir que la cría saliera entera, sana y salva, a conocer su nuevo mundo.

Una vez el niño había oído que a los bebés humanos había que golpearlos suavemente para que lloraran, pues este primer llanto les ayudaba a poner en funcionamiento sus pulmones. No estaba seguro de si esto aplicaba también para los dragones, pero ya se había convertido en una rutina el acto de sostener en sus brazos a la joven aunque ya pesada criatura y palmotearla hasta que expulsara su

primera llamita de fuego. Algunos dragones eran más inflamables que otros, por lo que el pastor procuraba vestir siempre su uniforme protector.

Ya nacido el dragón, el niño debía prepararle su primera comida. ¿Qué comía un dragón tan pequeño? Pues lo mismo que uno adulto, pero bien molidito, para que no se atragantara por la falta de dentadura. El niño reducía entonces a sus presas (conejos, ciervos u ovejas) a un polvillo muy, muy fino y lo mezclaba con la leche que obtenía de la cascada láctea que fluía a escasas millas de su choza. Leche mágica para criaturas mágicas, claro, y con una pizca de lo silvestre.

¡Con qué gusto los dragones succionaban de sus mamaderas reforzadas! Algunas veces hasta terminaban devorándolas también, pero al niño estas le salían baratas y no se afligía por las pérdidas. Lo más importante era asegurar el crecimiento y buen desarrollo del bebé dragón en esta importante etapa de su vida, que por fortuna no duraba demasiado.

Los dragones niños gustaban de retozar por el valle, emprender constantes trotes y jugar a los mordiscos y embestidas entre ellos. Sus alas aún eran demasiado frágiles como para sostenerlos por mucho tiempo en el aire, así que para ellos eran como apéndices incómodos la mayor parte del tiempo.

Tampoco estaban todavía familiarizados con el fuego característico de su especie. De niños, los dragones todavía no saben hablar, así que rara vez recurren a sus cuerdas vocales o nariz para emitir sonidos. Por ello, solo cuando se resfriaban llegaban a enterarse de que tenían tan maravillosa facultad,. El pastor se aseguraba de que se resfriaran al menos una vez durante este período: era cruel, pero necesario para que comenzaran a descubrir una parte esencial de su naturaleza. Para conseguirlo, no necesitaba más que mantener la calefacción del criadero al mismo nivel durante el invierno, en lugar de aumentarla. Así los dragones, sin darse cuenta, cogían un resfriado y desde entonces se la pasaban expulsando llamaradas mezcladas con moco amarillento. Era peligroso y asqueroso, pero el pastor confiaba en estar cumpliendo con una importante etapa de aprendizaje. Además,

el moco seco era un abono estupendo y gracias a él conseguía cultivar unas flores hermosas que más tarde podía vender a buen precio en el mercado.

Hacerles descubrir el vuelo era más complicado, pues el niño no tenía alas y no sabía volar. Durante un tiempo intentó construirse él mismo un armazón para mantenerse siquiera planeando unos momentos y, aunque la ocurrencia resultó bastante llamativa para algunos dragones, terminó accidentado cuando el mecanismo se arruinó por tanto uso. Desde entonces, el niño se limitaba a incentivar a las crías corriendo y saltando de un lado a otro (tenía las piernas largas y daba buenos brincos), o dejando caer hojas o pétalos para que las criaturas estudiaran y aprendieran de su descenso.

Con todo, los mejores maestros eran los pájaros. Niño y dragones los veían atravesar el cielo, siguiendo sus rutas secretas en los aires, y el mundo a su alrededor parecía acallarse un momento. Bastaba con que esas contemplaciones se fueran acumulando para que los dragones intentasen por sí solos acercarse a ellos. Al principio, el niño pensaba que era porque se querían comer a los pájaros (los dragones podían comerse cosas tan increíbles que el hecho de que su apetito se despertara ante un ave era casi tranquilizador), pero nunca vio a cría alguna zampándose un pichón. Parecía ser que los pájaros azuzaban el entusiasmo de cada dragón por volar y ser uno con el cielo, aunque ellos no pudieran aún expresar este anhelo, que les nacía de muy adentro.

Todos terminaban descubriendo un camino propio para adentrarse en el vuelo. Tenía sentido, se decía el pastor: el mapa del viento era invisible; había que arrojarse a la fresca intemperie para poder percibir sus trazos sobre la piel y luego recorrer sus huellas con los dedos.

Así aprendían a volar los dragones: unos arrojándose desde riscos o árboles, entregándose a la confianza de sus alas extendidas; otros, corriendo tan fuerte tras los pájaros que la tierra y el pasto se hacían aire bajo sus patas. Había infinitas posibilidades: ningún dragón aprendía a volar de la misma forma que otro.

Ese magnífico descubrimiento, que pudiesen mantenerse por su

propio cuerpo y espíritu sobre el vacío, marcaba el fin de su infancia.

Al inicio de su adolescencia, tanto las conductas como los cuerpos de los dragones cambiaban enseguida. Algunos cobraban mayor robustez, adquiriendo el aspecto de cocodrilos o dinosaurios gigantes, mientras que otros se estilizaban hasta parecer lagartijas o serpientes crecidas. Sus escamas, hasta entonces de similares y opacas tonalidades verdosas, alcanzaban su verdadero color: los azules cambiantes de los océanos, otros verdes más puros o más sucios, rojos que estallaban como atardeceres o heridas abiertas, o incluso negros más o menos oscuros, que eran los que más preocupaban al pastor por las noches, porque apenas los distinguía en el cielo azabachado.

Algunos desarrollaban cuernos o astas. Otros presentaban las patas delanteras más débiles que las traseras. Las alas de algunos eran enormes como mantel de palacio, mientras que las de otros apenas alcanzaban la extensión de una cadena de pañuelitos. Cada dragón era tan único como hermoso. Sin embargo, todos compartían al menos dos cosas muy importantes: podían volar y podían escupir fuego. ¡Y qué fuegos escupían para entonces! Llamas de todos los colores pintaban la mañana, doraban la tarde e iluminaban la noche. El niño creía que no había un motivo particular para que mantuvieran la fragua de su boca siempre encendida. Más bien, le parecía que era una forma de identidad y diferenciación ante todas las otras criaturas del mundo conocido: «Yo puedo expulsar fuego, el origen de toda la vida, y ninguno de ustedes puede hacerlo.»

Este orgullo era una nota dominante de su personalidad. Se sabían hermosos, únicos, importantes. El niño intentaba mantener una postura indiferente ante tamaña petulancia, pero la mirada sobrecogida que se apoderaba de él cada vez que los veía en toda su belleza lo delataba. ¿Quién podría mirar con ojos tranquilos a un dragón?

Cuando no era su belleza lo que lo cautivaba, el pastor se rendía ante el miedo. Daba igual que los hubiera criado desde sus días como huevos, pues cuando un dragón te devuelve la mirada, se arroja veloz hacia ti desde las alturas o simplemente rostiza tus alrededores, es

imposible que un estremecimiento no te recorra desde la cabeza a los pies. Al fin y al cabo, no eran criaturas domesticables. En esos momentos en que la brecha se hacía notar, el pastor se sabía un mero cuidador.

La distancia crecía aún más cuando los dragones al fin comenzaban a hablar. Parecía extraño que se tardaran tanto tiempo en hacerlo, pero en realidad era algo muy razonable. Había tardes enteras que las criaturas se pasaban lejos del valle, volando, explorando más allá de los límites conocidos. El niño las dejaba ir, porque sabía que esos viajes eran parte de su crecimiento, del mismo modo en que lo habían sido las mamaderas destruidas o los mocos colgando. Igual sentía su corazón anegarse de pena, porque sabía que esos viajes cada vez se harían más extensos, hasta alcanzar esas peregrinaciones que tardaban días en devolverlos a casa.

A su regreso, los dragones llegaban silenciosos y melancólicos, como si todo lo que habían visto o descubierto les pesara en el pecho. Al niño se le ocurría que eran justamente esas visiones y esos hallazgos los que los movían al habla, porque se trataba de cosas hermosas y terribles que necesitaban expresar, echar afuera de alguna forma más concreta y a la vez más simbólica que los gestos que hasta entonces usaban para comunicarse entre ellos.

¿En qué idioma hablaban los dragones? En el lenguaje único de las historias, por supuesto. Es una lengua que todo habitante de Fabularia, ya sea nativo o paseante, puede descifrar. Otra cosa, desde luego, era entenderlos de verdad. Así como dos personas pueden hablar en un mismo idioma y no comprender lo que realmente quieren decirse, así también pasaba con los dragones. Las palabras y las estructuras con las que las ordenaban eran reconocibles y claras, pero el mensaje, el corazón de lo expresado, era complejo.

Por ejemplo, una de las criaturas que alguna vez había cuidado había tomado por costumbre llamar al mar «camino de ballenas». No decía, como hubiera podido esperarse, «el mar es como un camino de ballenas». Simplemente, nunca usaba la palabra «mar».

Las primeras veces en que oyó la expresión, el pastor se preguntó a qué se refería. Para empezar, no conocía a las ballenas sino de nombre

y, como rara vez viajaba a otra parte que no fuese al mercado más cercano, el concepto de camino tampoco le parecía tan claro. ¿Qué lugar podría ser un camino de ballenas? Tardó un poco en comprender que el dragón se refería al mar, pero cuando lo hizo, fue como si un mundo nuevo hubiera abierto sus puertas ante sus ojos.

Con el tiempo, el pastor comprendió que se había tardado en entender esto porque su idea de «camino» no tenía nada que ver con su idea del mar. El mar, desde la distancia de su valle en las alturas, le parecía una lámina muy grande, como una tela de seda enorme que ondeaba eternamente en el viento y que, en cada movimiento, iba cambiando sus colores según las luces del cielo. El niño sabía que se podían recorrer sus olas a bordo de embarcaciones que flotaban sobre la marea, y que los pies humanos y animales se hundían bajo sus aguas.

Las profundidades del mar eran para él un vacío y una muerte segura. La vida que él conocía estaba ahí, germinando o desplazándose sobre la tierra, bajo las enérgicas palmadas del sol o las suaves caricias de la luna.

El dragón le dio a entender que el mar podía ser también un camino, uno para esas criaturas que no se paseaban por la superficie y que se llamaban ballenas.

La siguiente vez que le tocó ir al mercado, el niño preguntó por las ballenas. Regresó a su hogar con la cabeza llena de descripciones y las manos llenas de dibujos de trazos sutiles y redondeadas figuras de greda. Al fin podía imaginarse a una ballena bajo el mar, el que de pronto se le aparecía en la mente como un solo gran camino que sin embargo se bifurcaba en senderos infinitos. ¿Habría montañas también bajo el mar? ¿Habría valles como el suyo? ¿Y pastores? Quizá allá abajo, en lo más profundo, vivía también un pastor que, en lugar de cuidar dragones, cuidaba ballenas. Y quizá también estuviese preguntándose en ese momento cómo sería vivir allí arriba, donde no había agua y donde dos esferas caprichosas de luz se tornaban para colorear el mundo.

Como pensó todas esas cosas gracias a la expresión «camino de ballenas», terminó por oírlas. Entonces comprendió que siempre las

había escuchado, pero que entonces era la primera vez que las oía de verdad. Eran los suyos unos sonidos expandidos, como una pequeña fruta aplastada que de pronto tiñe toda la mano con su jugo. Así se sintió el niño al oírlos: como si todo su ser se hubiera quedado impregnado de su música. Tras unos instantes de atenta escucha, descubrió que cada sonido era una voz distinta. Algunas aparecían al mismo tiempo que otras, mientras que las restantes parecían esperar su turno. ¿De qué podrían conversar las ballenas? Debían de ser esas conversaciones relajantes, en nada parecidas a las discusiones, porque el niño se adormecía siempre que se detenía a escucharlas. ¡Pero claro!, se dijo de pronto: no estaban dialogando, sino cantando. Y desde ese descubrimiento, venciendo la vergüenza, él mismo se animaba a hacerles compañía a veces con sus silbidos terrestres. Sentía que ni ballenas ni niños estaban tan lejos como parecía, y que arriba y abajo no eran más que orientaciones dentro de un mismo mundo… ¡Y todo gracias a aquel dragón que había llamado «camino de ballenas» al mar!

Los dragones y su habla tenían la facultad de renovar el mundo hasta descubrirle bellezas nuevas y quizá eso era lo que el niño más amaba de ellos.

El pastor sabía que, tan pronto como una de las criaturas lograba ese efecto en él con sus palabras, había llegado a su etapa adulta. Entonces un velo de lágrimas le desdibujaba los colores y formas del valle, y una presión honda le aplastaba el pecho, como si un dragón invisible le hubiera colocado encima una de sus patas.

Que los dragones se volvieran adultos significaba que debían abandonar sus cuidados, el valle y aun el propio Reino de las Historias. Era lo que debía pasar, formaba parte de su destino, pero esa certeza no aliviaba el dolor del niño. Después de todo, no estaba en su propio destino volver a verlos en esas tierras; cualquier reencuentro tendría que darse en los reinos más allá de los océanos, allí donde tanto fabulantes como humanos comunes iban cuando era su hora y de donde nadie regresaba. Su responsabilidad y sentido de la vida estaban ahí, en su valle, como pastor y cuidador de dragones.

Era una misión hermosa, que con gusto hubiese aceptado otra vez si

se la hubieran vuelto a proponer, aunque lo poblaba de melancolía en momentos como ese, cuando le tocaba despedirse de un dragón al que había ayudado a nacer, a alimentarse, a volar. Saber que no volverían a estar juntos bajo sus formas terrenales era terrible. ¿Cómo seguir viviendo al comprender que no volverían a oírse las amadas e irrepetibles palabras de un dragón cualquiera? El pastor no lo sabía, pero de alguna forma se las arreglaba para seguir con su trabajo, con su misión, con su destino. Se lo debía a todos los otros dragones que aún no nacían, que ni siquiera eran huevo todavía. Aquel que le había propuesto ejercer el cargo que ahora honraba, embellecía y entristecía sus días. Y, sobre todo, se lo debía a las historias que se contaban del otro lado del Reino de las Historias.

«Ellos no tienen dragones en su mundo», le había dicho Aquel.

¿Cómo se vivía en un mundo sin dragones? Al niño le había aterrado ese descubrimiento: no podía concebir el suyo sin ellos. ¡Qué miserables debían ser en aquel otro reino!

«Aun cuando jamás vayan a ver uno con sus propios ojos, ni vayan a oír sus fabulosas voces con sus propios oídos, al menos tienen la capacidad para añorarlos», explicó Aquel.

Entonces al niño le fue definida y entregada su importante misión: desde ese momento, sería el responsable de criar dragones que pudieran volar más allá del Reino de las Historias. Como no podrían sobrevivir en aquellas tierras salvajes bajo sus formas físicas, tendrían que transformarse en personajes de las narraciones que allí se contaran.

Esa sería la única forma en que esos lejanos humanos podrían conocer dragones, insistió Aquel: a través de los cuentos, los mitos o las historias de fantasía. A través de las palabras que, como ovillos de lana, pudieran ser tejidas por voces hábiles, hasta crear un tapiz en donde la imaginación pudiese posarse unos instantes.

En ocasiones, en esos escasos lapsos en que todas sus tareas del día habían sido ya realizadas, el niño se sentaba a las orillas del risco que daba al mar y pensaba. Ahí era donde los dragones adultos emprendían su último vuelo por los aires de Fabularia. Era un sitio en

el que se condensaba la tristeza y la alegría, como dos flores muy distintas que sin embargo compartieran un mismo ramillete.

El niño, confundido, dejaba entonces que sus sentimientos se le liberaran en el pecho. No podía evitar imaginarse cómo sería la vida de los dragones que ya se habían marchado, aun cuando hubieran por ello dejado de ser su responsabilidad. Quizá allí, en aquellas historias que se contaban del otro lado, habían encontrado al fin un mundo en el que podían resplandecer sus escamas y sus palabras.

Fabularia era hermosa y terrible. Todos sus habitantes lo eran también, de una forma u otra. Incluso él, un pequeño pastor, guardaba la bella luz de su nombre secreto grabada en sus ojos claros, y su furia podía ser inmensa: ¡al fin y al cabo criaba *dragones*! Aunque los dragones, seres caprichosos, insatisfechos y vanidosos, necesitaban más. Desde luego que al principio debía de resultarles placentero descubrir que el pastor estaba entregado en cuerpo y alma a su cuidado. Después advertían que él no era más que una sola criatura que debía repartir su admiración y esfuerzos entre todos ellos. ¿Quién sería el favorito de su corazón? Imposible saberlo. Para el pastor, todos eran fascinantes por el solo hecho de ser dragones. Ni siquiera sus particularidades, que celebraba y amaba en partes iguales, le hacían decantarse por uno u otro. Eso era frustrante, porque todos querían ser únicos o al menos mejores que los demás. No era que se pelearan (aunque parte de sus rutinas de juego o comunicación incluían enfrentamientos controlados), pero en ellos latían fuerte algunas emociones peligrosas y amargas, como la envidia o la soberbia. Ahora bien, el pastor llevaba demasiado tiempo criando dragones como para no reconocer que estos eran rasgos propios de su raza. Los fabulantes no mostraban los colmillos ni alzaban los filos de las espadas entre ellos, al menos no con la pretensión de hacer daño. El odio siempre provenía de afuera, del reino humano. Por eso las historias eran tan urgentes allá: porque eran el único medio para entregar consuelo ante las tragedias que día a día golpeaban su mundo. Por supuesto, no todos los humanos eran capaces de valorar el don de la ficción, pero aquellos que sí conseguían hacerlo, por escasos que fuesen, hacían toda la diferencia. El niño esperaba con el corazón

trémulo de temor y esperanza que los dragones que despedía llegasen a la imaginación de esas personas. Aquella era su verdadera preocupación: que los dragones —¡*sus* dragones, a pesar de todo!— tuvieran un destino indigno del otro lado de Fabularia.

Cuando el niño se había enterado del plan que Aquel que lo había convertido en pastor había destinado para los dragones, esto le había parecido horrendo.

Aquel había sido claro respecto al rol que tendrían la mayoría de sus criaturas en las historias del otro mundo. Serían enemigos, contrincantes, desafíos u obstáculos, principalmente. Los dragones estarían ahí para enfrentarse u oponerse a los héroes, para hacer daño con sus fuegos y sus palabras, para sembrar temor y reverencia en los corazones humanos.

¿Por qué son los malos de la historia?, le preguntó entonces el niño, desconcertado. En Fabularia también había seres que se enfrentaban entre ellos y que sostenían una enemistad eterna, pero pertenecían a razas diversas. Todos, además, elegían ese camino por su propia voluntad, por razones tan íntimas que nadie se atrevía a juzgarlas. ¿Por qué los dragones tendrían que cumplir forzadamente con un papel tan limitado y negativo?

El niño nunca olvidaría la respuesta de Aquel: «Porque, de todos los habitantes de Fabularia, son los seres más parecidos a los humanos. Todas las virtudes y defectos de estos se expresan en su máximo potencial en los dragones. Es necesario, entonces, que para que un personaje humano pueda crecer y ser digno de pertenecer a una historia, pueda sobreponerse a lo mejor y a lo peor de su naturaleza».

El pastor no creyó entender bien la explicación, pues él no había visto nunca a los humanos y no podía imaginárselos como una versión disminuida de los dragones. Sin embargo, sí entendió lo esencial: sus protegidos sufrirían. Ellos, con su bello orgullo titilando como estrellas salvajes, tendrían que verse obligados a dejarse derrotar, solo para que un personaje humano pudiera encontrar su propio destino.

Al niño le parecía injusto que los dragones no pudiesen ser los verdaderos héroes de las historias y que todo el crédito se lo llevaran

los personajes humanos, que en su mente se dibujaban como seres pálidos, carentes de todo atractivo.

Aunque el niño era terco, Aquel era paciente y razonable. Se tomó el tiempo necesario para hacerle ver que la propia insatisfacción dragonil hacía de esta propuesta una búsqueda legítima. O, en otras palabras, que a todo dragón le causaría siquiera curiosidad ser el malo de una historia, al menos para variar de rutina y experimentar algo que a los de su especie los encendía de entusiasmo: el viaje hacia las profundidades de lo desconocido.

Aquel también le contó que allá, en esas narraciones, los dragones podrían conocer los empalagos y peligros del poder. Allá, seguramente, tendrían montañas de oro y joyas solo para ellos, un reino entero sometido bajo sus alas y bellas doncellas que con sus voces de sirenas los adormecerían, cantándoles sobre las pequeñas tristezas y alegrías de su raza. Y justo cuando todas esas mezquinas maravillas empezaran a agotarse en el tedio, llegaría el personaje humano a desatar los nudos, a levar anclas y a arrojar las piedras cuesta abajo. En fin: a reiniciar la historia, a hacer de cada nueva palabra un movimiento en ese duelo de vidas que, pareciéndose tanto, eran a la vez tan distintas.

Sería como un juego, en realidad, concluyó Aquel. Como una partida de ajedrez disputada únicamente entre los dos reyes, el negro y el blanco, trenzando una canción de duelo sobre el tablero cuadriculado.

«Pero a mí no me parece divertido», respondió entonces el niño.

«Tal vez deberías preguntarles a ellos qué les parece», replicó con suavidad Aquel.

«No sé hablar la lengua de los dragones. Tampoco la entiendo».

«Entonces tal vez deberías aceptar el ofrecimiento de este cargo solo para poder comunicarte con ellos y conocer sus propias impresiones».

Y así el niño aceptó conforme su derrota y se convirtió en pastor.

Ahora lo sabía: a los dragones les emocionaba partir. Todo lo que pudiese entrañar ese viaje sin retorno era desafío y descubrimiento para ellos. Todo, incluso las pequeñeces propias de los humanos, los

movía a la más intensa pasión.

Cuando el pastor recordaba esto, suspiraba y comprendía que era momento de retomar sus labores. Era otra forma de decirse a sí mismo que debía aprovechar cada segundo que tuviese para compartir con los dragones que aún estaban a su lado.

Las cosas cambiaron el día en que un escritor humano, reciente viajero de Fabularia, llegó al valle. A veces algunos humanos, dándose cuenta o no, traspasaban la frontera de su propio mundo y llegaban a las tierras desconocidas de aquel reino que parecían recordar de una vida pasada, aunque menos lejana de lo que podría haber sido. Eran pocos, eso sí, porque la humana era una raza caída, que ahora despreciaba las historias. Muy poco quedaba en ellos y en su mundo de aquella alianza que alguna vez los había unido a Fabularia. Ese rastro era fuerte en unos cuantos, que eran incomprendidos por los demás.

A través de sus recuerdos difuminados, los marginados se las arreglaban para avanzar poco a poco hacia su destino en Fabularia. Y, cuando avanzaban demasiado, cuando la urgencia de su búsqueda les apretaba tanto el pecho que abandonaban todo lo que poseían, terminaban de pronto en medio de un bosque que les daba la bienvenida con una melodía que todos podían reconocer. Se descubrían entonces en Fabularia. En ese momento comenzaba el verdadero viaje.

Uno de estos viajeros era el escritor que llegó al valle esa tarde. Llevaba un tiempo recorriendo los alrededores, dejando que su cuerpo y su espíritu se impregnaran de la vida mágica de esas maravillosas tierras con las que antes solo podía soñar. Cada día le deparaba una nueva aventura, un nuevo hallazgo. El de esa mañana fue enterarse de que estaba cerca de un criadero de dragones, por lo que se encaminó a ese lugar.

Quería conocer dragones reales, amarlos más allá de las sombras de las palabras y de las siluetas de las imágenes. El entusiasmo que le aceleraba el pulso a medida que iba caminando le revelaba que eso era lo que siempre había buscado: dragones. Eso y nada más. El resto,

los cuentos de hadas y los poemas medievales que leía, las historias de fantasía que escribía, no habían sido sino una consecuencia de esta necesidad de dragones.

Recordó cada una de las representaciones que había ido atesorando en su memoria desde niño y los ojos se le humedecieron. Todo había comenzado con dinosaurios de plástico, un tipo de juguete muy popular en su niñez. Entonces se pasaba muchas horas observando sus contornos de reptiles crecidos y leyendo libros que contaban cómo esas criaturas habían habitado alguna vez su mundo, hace mucho, mucho tiempo, antes de que cualquier humano nombrara la tierra.

Ahora el viajero sabía que uno de los aspectos que lo habían encantado de los dinosaurios era su cualidad de antiguos. Sentía que todo lo importante, lo único que podía estremecerlo y hacerlo sentir vivo, había existido mucho antes y que ahora su gente debía conformarse apenas con sus restos. Y se conformaban; él no. Por eso volcó todos sus esfuerzos al estudio de la Historia, donde estaba contenido ese legado del pasado. Su amor infantil por los dinosaurios sobrevivió en él y le acompañó por largo tiempo, bajo la forma de la nostalgia, hasta que descubrió a los dragones. Los había conocido años atrás, pues no hay niño humano que no sepa de su existencia. Sin embargo, una cosa era saber que existían y otra, muy distinta, entender lo que esto significaba. Para él, este descubrimiento significó comprender de pronto que, a diferencia de los dinosaurios, los dragones nunca habían existido y nunca existirían en el mundo real, el suyo.

Fue este un hallazgo terrible y al mismo tiempo maravilloso. Terrible porque eso quería decir que nunca tendría la oportunidad de contemplarlos, ni a ellos ni a los lugares o espacios en los que alguna vez pudieron haber volado o dormido. Maravilloso, porque eso quería decir también que pertenecían a una antigüedad más antigua que los propios dinosaurios y quizá más aún que su propio mundo. Si no, ¿de dónde habían surgido? Eran criaturas demasiado fabulosas como para ser inventadas. Además, en sus estudios e investigaciones había visto cómo sus representaciones podían encontrarse en una diversidad de culturas, incluso sin contacto entre ellas. *Algo* habían visto, percibido

o recordado aquellas personas tan distintas, algo común.

No hubo explicación lógica que pudiera justificar la universalidad del dragón. Él escuchaba y entendía todo desde su mente racional, e incluso concordaba con la teoría, pero su corazón le decía otra cosa. Y tanto le insistió su vocecilla desde el pecho que el viajero se apartó de sus investigaciones y se dedicó a escribir sobre aquello que palpitaba en su interior.

Con el tiempo publicó algunos libros, tuvo lectores, ganó algunos premios. La crítica destacó su formación como historiador, pues decían que los entornos y universos de sus novelas y cuentos estaban bien recreados, como solo podría hacerlo alguien con sus estudios. Jamás había incluido como personaje a un dragón, pero todas sus historias eran parte de ese camino que, sin saberlo, seguía emprendiendo en su búsqueda.

No tardó mucho en darse cuenta de que se había estancado como escritor. La gente alababa sus obras, pero nadie notaba la tensión de sus exploraciones, la felicidad radiante de su prosa cuando creía haber encontrado un hilo de respuesta a sus preguntas o la tristeza opaca de su poesía cuando sentía una vez más el peso de su fracaso. La gente se quedaba con la cáscara, ignorando la pulpa frágil que protegía dicha cáscara.

El viajero tampoco podía conversar con sus pares sobre lo que le pasaba. A ellos solo les importaba ser famosos, porque veían la escritura como una profesión, y no como un camino. Ellos sí incluían muchos, ¡muchísimos!, dragones en sus historias. Pero el viajero no sentía nada al leerlos. Sus ojos permanecían duros como cristales, sus manos sostenían con firmeza de piedra los ejemplares y su corazón latía aburrido. No era eso lo que él buscaba. Pero entonces ¿qué?, ¿y dónde?

Un día, agobiado por estas preguntas, cargó en su mochila muchos libros que hablaban de dragones y mundos imposibles, y alquiló una pequeña cabaña aislada junto al mar. Allí los fue releyendo, uno a uno, y anotando cosas en su libreta. No encontró nada. No era, necesariamente, que los libros no tuviesen algo destacable. Se trataba

de un vacío más hondo, quizá más personal. Las cosas que él había descubierto sobre lo antiguo y lo imposible no parecían ser inquietudes en los demás. Entonces, ¿por qué escribían cuentos de hadas o fantasía? ¿Por qué otras razones podría alguien escribir ese tipo de historias si no era por recuperar aquello que no se sabía que se había perdido?

Cargado con esas preguntas, además de los libros, el viajero se alistó a regresar a su hogar. Sin embargo, debió desviarse en algún punto del sendero, porque se encontró caminando por parajes que no recordaba haber visto antes. Se asustó: estaba solo y parecía haberse adentrado en la profundidad del bosque. Si se perdía, correría peligro. Pero, al mismo tiempo, estaría aún más desprotegido si se quedaba inmóvil, así que se animó a avanzar siempre recto, pasara lo que pasara. Ya llegaría a alguna parte, se dijo el viajero.

Cuando se descubrió en Fabularia, supo que al fin había llegado al lugar donde obtendría todas sus respuestas. Así continuó su viaje, paso a paso, hasta llegar donde el pastor de dragones.

Lo primero que hizo el viajero fue presentarse y hablarle de su búsqueda. El niño lo escuchó atentamente, entre la sorpresa y el aturdimiento de encontrarse al fin con un humano del otro lado, y luego se atrevió a formularle una petición:

—Ahora mis dragones no se encuentran aquí. Están compitiendo para ver quién vuela más rápido. Pero hagamos un trato: te ayudaré a comunicarte con ellos cuando regresen a cambio de que me cuentes cómo viven los dragones en las historias de tu mundo.

El viajero accedió, aunque una sombra de amargura le oscureció el semblante. El niño la advirtió, pero guardó silencio. No podía estar seguro de que aquello que entristecía al hombre fuese lo mismo que a él le causaba tanta angustia. Por mucho que amase los dragones, el viajero seguía siendo solo un humano. No era un pastor, no sabía lo que era jalar de las patitas de las crías atoradas, curar jóvenes alas rotas o llorar ante un poema sobre el océano compuesto por una voz que era en sí misma una marea.

Entonces el viajero comenzó a explicarle al niño el estado de los

dragones en su mundo. Llegó incluso a leerle al pastor algunos de los pasajes que había estado repasando en la cabaña, aunque se guardó de exponerle también sus propias reflexiones al respecto. Trató de transmitirle de la manera más fiel y objetiva posible cómo aparecían los dragones en muchas de las historias del lugar de donde él provenía.

Cuando terminó de hablar y de leer, un viento de silencio sopló entre ambos. Hasta el mar que se avistaba desde la distancia parecía haber enmudecido. Todo estaba tan callado que el viajero sintió que podía oír el tambor desbocado de su corazón latiendo como el galope de un caballo.

El rostro del niño se veía impasible, aunque su mirada estaba perdida. El viajero desvió a su vez la vista, estaba avergonzado de los suyos y de sí mismo, sin estar seguro de por qué sentía parte de la culpa. Nunca había escrito un personaje dragón, después de todo. ¿Debería haberlo hecho para sentar la diferencia?

Al fin, el niño mostró una reacción: una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla. El viajero la vio como una estrella fugaz en su rostro y él también quiso llorar.

—Así que eso es lo que pasa con mis dragones más allá de Fabularia —comenzó el pastor, con la voz queda, como si en realidad estuviera explicándose a sí mismo la exposición del viajero—. Llegan al mundo humano, se posan en la imaginación de los creadores y estos los hacen pedazos con sus palabras. En sus historias, los dragones son unas bestias similares a lagartos o dinosaurios: brutos, salvajes, horrorosos. Nada hay en ellos de la belleza de su lenguaje ni de su vuelo, ni siquiera del peligro que pueden suponer sus adivinanzas o el filo de sus alas. Están ahí, en los cuentos, solo para que los hombres les atraviesen una espada en el vientre y puedan ser así coronados reyes o héroes.

»No hay verdadero duelo, no hay tablero de ajedrez. El dragón es solo un reptil gigante relleno de azufre y maldad, feo como la peste y estúpido como un insecto. Y solo está ahí para ser despedazado y olvidado, para que un ser mediocre se pavonee ante una mujer mediocre; ni siquiera es un adversario temible como un diablo, ni su

perversión tan grande como para que la humanidad viva una verdadera tragedia.

»Eso es lo que pasa con mis dragones más allá de Fabularia: los humanos destruyen todo lo que los hace dragones, y así los otros humanos creen que eso, esa cáscara, es un dragón, perdiendo para siempre la posibilidad de conocer uno de verdad.

El mar volvió a rugir a la distancia, como un arrullo compasivo que quisiera rasgar el peso del silencio. Como el agua salada llamaba al agua salada, el niño al fin pudo expresar su dolor en un llanto desconsolado.

El viajero titubeó ante semejante muestra de desesperación y en principio no supo qué hacer. El pastor probablemente llevaba muchos eones viviendo en Fabularia y criando dragones: era sin duda un ser destacado en su reino, al que le debía reverencia y admiración. Pero, a la vez, lo que tenía enfrente no era más que un niño deshecho en lágrimas al enterarse de que aquello que tanto amaba y que con tanta angustia había entregado había sido degradado por su propia gente.

Al final el viajero reaccionó y acogió al niño entre sus brazos. Con su menudo y nervudo cuerpo se las arregló para contener el remezón de cada sollozo, hasta que la tristeza derramada dejó de ser olas y se volvió suave marea. El viajero solo liberó al niño cuando estuvo seguro de que había dejado de llorar. Se levantó entonces con el abrigo pesado de humedad, como si en verdad el llanto hubiera sido oleaje, y quizá lo había sido: eran lágrimas de Fabularia.

—¿Y ahora qué podemos hacer? —preguntó el hombre.

El niño lo miró con el desconcierto brillándole en los ojos hinchados.

—No se puede hacer nada, humano. Aquello que alguna vez acepté como una gracia hoy es una condena: tendré que seguir mandando dragones a tu mundo sabiendo que en realidad los estaré enviando a su perdición.

—¡No, no es posible! ¡Hay que hacer algo! *Yo* haré algo; no puedo no hacer nada luego de haber llegado aquí y de haberte conocido.

—¿Qué puedes hacer tú, humano? Eres uno solo y, por lo que me cuentas, ellos son muchos. Los dragones vuelan libres por la frontera

entre los mundos y se posan indistintamente en una imaginación u otra. Eso es lo que les he dicho siempre: «No discriminen, vayan y entren a la primera imaginación que encuentren. Hay muchas y todas son hermosas». Eso les decía, porque ignoraba la verdad: que hay imaginaciones truncadas o mutiladas, incapaces de leer con dedicación las imágenes de mis criaturas, o que rechazan siquiera la posibilidad de hacer florecer un legítimo dragón desde las palabras.

—Ahora conoces la verdad y puedes enseñarle a tus dragones a identificar qué imaginaciones son dignas de albergarlos. Así, con el tiempo, ninguno llegará a aquellos que solo buscan enriquecerse con sus despojos, o que solo los ven como artículos útiles para mover sus historias.

—No es un mal plan —respondió el pastor, mirando con nuevos ojos al viajero—. Pero tiene problemas. ¿Cómo voy a poder enseñarles eso si apenas conozco la mente y el corazón humanos? ¿Y qué pasará con todos esos otros dragones que ya fueron mancillados?

—Yo te ayudaré en ambos casos —dijo el viajero, sonriendo—. Te hablaré sobre la mente y el corazón humanos, contándote las historias más valiosas de mi mundo. Volveré por donde vine y las recogeré una a una, como flores o piedras preciosas, y las moleré en mis manos hasta convertirlas en palabras que puedas entender y amar. Y, con palabras como esas, me encargaré de reescribir cada una de las historias en la que los dragones fueron mancillados, para devolverles la gloria y la belleza que debieron haber tenido desde el primer día. Incluso puedo contar una historia para hablarle a los míos sobre lo que he aprendido en Fabularia, para que las personas adecuadas conozcan la importancia de escribir dragones *reales* y trabajen duro para ser merecedores de recibir uno en el nido de su imaginación. Todo eso puedo hacer, si aceptas mi ofrecimiento.

El niño permaneció en silencio otra vez, pero el viajero casi podía sentir un ruido crujiente viniendo de su interior, como si los engranajes de su pensamiento estuvieran rodando a toda velocidad. Había sido un ofrecimiento osado, aunque la fragilidad del pastor había acogido con interés lo que solo parecía una idea tan desesperada como atrevida.

—Tenemos que consultarlo con Aquel, el Creador —dijo al fin el niño—. Hacerte caso significaría muchas cosas: tendría que introducir un nuevo elemento de crianza en mi trato con los dragones, y tú tendrías que tener acceso libre a Fabularia y una longevidad acorde a la de nuestra gente para que puedas cumplir una misión como aquella. No es algo que se pueda tomar a la ligera.

El viajero sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo.

—¿Conoceré al Creador?

—No, ningún humano puede conocerlo mientras esté vivo. Los fabulantes mismos solo podemos comunicarnos con él en determinadas circunstancias. Voy a pedirle un encuentro para explicarle estas cosas. Mientras tanto, quédate aquí. Los dragones no tardarán en volver.

El niño corrió a su choza y el hombre salió tras él, confundido. Una vez adentro, lo vio preparando a toda velocidad un equipaje ligero.

—Regresaré pronto —le dijo, mientras se cargaba el morral, sin mirarlo.

—Pe… pero… ¡No puedo estar solo con una bandada de dragones!

El niño se detuvo y, por fin, le dirigió la mirada.

—¿No es esto lo que siempre habías deseado? ¡Ahora ese deseo se hará realidad!

—¿Qué debo hacer? ¿Tendré que enfrentarme a ellos? ¿O simplemente presentarme y esperar?

El niño rio.

—Lo que tengas que hacer lo descubrirás en el momento. ¡Así ha sido siempre!

—Pe… pero…

—Adiós —dijo el niño, zanjando la conversación—. Estoy feliz de haberte conocido. Gracias por lo que me has entregado.

—¡Pero eso suena como una despedida definitiva…!

El niño se encogió de hombros.

—Con los dragones nunca se sabe. ¡*Esa* es la gracia!

Y no dijo más. El viajero se quedó con la boca abierta y el brazo extendido, viendo cómo el pastor salía a toda carrera de la choza. Cuando él mismo abrió la puerta, no vio ni rastro del chico. Desde allí,

en un punto incierto del cielo, vio unas sombras oscuras acercándose lentamente; con ellas se acercaba también el momento que había esperado toda su vida.

«¡Y bueno!», se dijo el viajero, arrojando su abrigo tieso de sal al pasto y sosteniendo con firmeza su lápiz favorito, el único que usaba para escribir historias, «Dragones, ¡allá voy!».

A su regreso, el pastor vio al viajero sentado al lado de los cinco dragones jóvenes que cuidaba, contemplando el horizonte en las orillas del risco que daba al mar. El niño sonrió para sus adentros y se unió al grupo. Juntos observaron ese punto exacto en que el cielo se encontraba con el océano, hasta que la noche los confundió a ambos en un solo abrazo negro. Entonces el niño suspiró y se puso de pie, sacudiéndose las briznas frías de pasto que se le habían quedado pegadas a los pantalones. Luego se encaminó hacia su choza y el viajero fue tras él. Los dragones, que habían entendido también que el momento había ya pasado, se marcharon a sus refugios habituales a descansar o a sumirse en sus propios pensamientos.

—Bien —comenzó el niño, una vez que hubo preparado una cena frugal para su invitado y para sí mismo. Las llamas de la fogata crepitaban, entregando sonido y color al interior de la choza—. El Creador ha aceptado tu ofrecimiento, pero solo por cierto tiempo. Cuánto sería eso, no lo sé. El Creador es eterno y, en verdad, no entendemos su percepción del tiempo. «Por el tiempo que sea necesario, y nada más», me dijo. Supongo que reconocerás el fin de tu misión en el momento que sea oportuno.

El viajero asintió y se llevó a la boca un pedazo de pan untado en mantequilla.

—¿Cuándo empezaré entonces? ¿Y cómo?

El niño tomó un largo trago de su taza.

—Puedes partir marchándote a tu mundo para buscar esas buenas historias de las que me hablaste.

El viajero asintió. Las manos le temblaron sobre la mesa. ¿Y si no podía encontrar el camino de regreso a Fabularia? ¿Y si, al abandonar esas tierras, olvidaba todo lo que había vivido en ellas? Peor aún: ¿y si

terminaba creyendo que todo eso —la choza, el pastor, los dragones y su nueva misión— no había sido más que un sueño?

La posibilidad lo aterraba tanto que una parte de él comenzó a insistirle que debía abandonar su propósito y quedarse para siempre en los valles de Fabularia. Al fin y al cabo, sabía que no lo extrañarían en su propio mundo. Sus padres habían muerto y él no se había casado ni tenido hijos; tampoco tenía amigos, apenas conocidos. Sus lectores podrían extrañarlo, pero sabía que sus ediciones caerían en el olvido con los años porque él mismo, como escritor, ya no estaría para promocionar sus obras. Sabía, también, que nadie lo haría por él.

«A nadie le importan las historias en sí mismas», se dijo con tristeza, extraviado en sus pensamientos. «¿Cómo podrían haberles importado los dragones?».

Si lo pensaba así, sería mejor quedarse en Fabularia. Allí podría escribir todas las historias que quisiera, sin presiones externas, y siempre podría dar con alguien que quisiera oírlas o leerlas de verdad, sin condiciones. Allí podría cultivar la vida que había anhelado, totalmente entregada a su arte y a la contemplación de maravillas. Sería como vivir para siempre en el único Paraíso posible para un escritor: el del Reino de las Historias.

«Sin embargo, si me quedo aquí, lo haré a costa de cientos, ¡quizá miles!, de dragones mancillados. Y a costa del dolor más terrible de quien ha dedicado toda su existencia a cuidar de ellos para que nosotros pudiéramos recibir la gracia de su maravilla».

El viajero tomó al fin su decisión. ¿No se había enfrentado a aquellos dragones y no había salido fortalecido de la experiencia? Ahora comprendía que podía hacerle frente a todo lo imaginado y lo imaginable, siempre y cuando recordara ese encuentro. Tenía que hacerlo por ellos, se dijo. Por ellos y por el pastorcito, que ahora lo miraba con el respeto dado a quien acaba de salir bien librado de una lucha interna.

—Me iré mañana, al alba. Volveré con muchas historias, tantas como las que puedan cargar mis manos y mi corazón. A mi regreso, te mostraré los dragones que viven en ellas y comenzaremos a estudiar las imaginaciones en las que puedan residir todas las otras criaturas

que pasen por tus cuidados. Es una promesa.

—Una promesa de Fabularia es un lazo importante, viajero —respondió el niño—. Si la rompes, perderás para siempre la gracia de estas tierras. Y tu vida, por el solo recuerdo de tu irrepetible paso por ellas, te torturará hasta el fin de tus días.

—¿Ha pasado antes? ¿Ha roto otro viajero su promesa de Fabularia?

El niño suspiró. De pronto parecía mucho mayor, aunque las facciones de su rostro permanecían inalteradas.

—Sí, es algo que pasa. La tragedia de la promesa rota posee su propia belleza y algunos humanos no pueden resistir la tentación de conocerla, a pesar de comprender todo lo que eso significa.

—Pero yo no fallaré —declaró el viajero, con la voz decidida—. Nada podría parecerme más bello que la certeza de que tus dragones resplandecerán en las moradas correctas si cumplo como debo mi misión.

—Entonces no falles —dijo el niño, volviendo de pronto a parecer muy joven—. Ahora, ve a dormir. Mañana te espera un largo viaje.

El hombre asintió. «Un largo viaje», se dijo, antes de acurrucarse bajo las pieles que el pastor le había entregado para que se arropara en esa fría noche montañesa. «Como el acto mismo de comenzar a escribir la primera palabra de una nueva historia».

Esa noche, el viajero soñó con dragones.

¿Cómo salir de un país al que se había ingresado casi sin darse cuenta? El viajero se encontró a sí mismo intentando desandar sus pasos, pero todos los caminos se le confundían bajo los pies. Creyó estar internándose más y más en las entrañas de Fabularia contra su voluntad. Ahora su temor era no poder salir nunca de sus fronteras y quedarse atrapado con el pesado fardo de su misión deshaciéndosele entre las manos.

Por más que hacía memoria, el viajero no podía recordar cómo se las había arreglado para llegar a Fabularia. En un momento se veía en los familiares senderos de un bosque cualquiera de su mundo; en el siguiente, estaba ya caminando por la maraña salvaje del bosque murmurante. Había sido como si la propia Fabularia hubiera decidido

cuándo acceder a darle el paso a aquel hombre extraviado que, a pesar de todo, aún conservaba una luz de guía en la mirada. No en vano el Reino de las Historias jamás había sido localizado en los mapas humanos: no estaba emplazado en ninguna parte de la Tierra. Su conexión con ella era mucho más sutil y caprichosa. No podía ingresarse a él como quien paga un peaje, o como quien sigue una hilera de carteles con flechas e indicaciones. Si Fabularia te consideraba digno de entrar a sus tierras, entrabas: eso se contaba también en algunas historias que, por lo salvaje de sus palabras, pocos se habían atrevido a atrapar en la hoja del papel.

En su camino, el viajero no dejaba de pensar en todos los dragones que había conocido en esos textos sin corazón, escritos con palabras que les hacían perder su calor, su color, el sentido secreto de su poesía. ¡Y cómo podía ser un dragón una criatura fría, incolora, muda! Los presentaban así, pero no lo eran.

Le entusiasmaban las visiones, apenas imaginadas, de aquellos dragones bajo sus verdaderas formas. Sería como pulir una piedra preciosa que hubiese existido desde el inicio del mundo y que hubiera terminado muy sucia y deformada por todas las cosas ajenas que se le habían ido pegando a su cuerpo en el tiempo. Eliminar esas capas de tierra seca y residuos muertos se presentaba como una tarea tan difícil como ingrata, pero la promesa de acceder a ese resplandor por eones oculto tras ellas era suficiente.

Alguna vez, hacía mucho tiempo, habían existido escritores de imaginación fértil que habían alcanzado a dignificar las semillas de dragón que plantaban en sus textos. Gracias a ellos, él se había animado a escribir fantasía. Gracias a ellos, sus ojos se humedecían de placer y sus manos temblaban de emoción mientras sostenían esos ejemplares viejos, que ahora costaba conseguir porque no se reeditaban. Cuando el viajero era joven y leía una de estas obras importantes, solía decirse a sí mismo que hubiera estado dispuesto a entregar su vida con tal de que un libro así se hubiera escrito y publicado. Era cierto que ahora entregaría su vida a un propósito similar, pero de una manera distinta. No moriría; al contrario, tendría que despertar el máximo de esfuerzo y talento para su cometido. En

otras palabras, tendría que ser tan buen autor como aquellos que lo habían movido a escribir por primera vez, para así sumarse a sus voces y volver al niño pastor con un armonioso coro de dragones magníficos.

Mientras pensaba estas cosas y avanzaba entre el murmullo de los curiosos árboles, al viajero se le ocurrió algo que de pronto parecía tan insólito como probable: ¿y si esos escritores amados hubieran también entrado en Fabularia y por eso sus obras habían logrado expresar esa belleza y tristeza que les eran características? Si era así, era una pena que nunca hubiesen conocido al pastor y sus dragones. No acababa el viajero de pensar esto cuando notó de pronto que los árboles habían dejado de murmurar. El silencio ahora le parecía incómodo y frío, como una sombra inesperada bajo un campo soleado. Nervioso, el viajero inspiró con calma el aire del bosque que lo rodeaba y reconoció el perfume familiar de los pinos y el eucaliptus, árboles preciosos pero mudos como una piedra. O, tal vez, tan mudos como podían estarlo ante alguien que no conocía la lengua en que la hablaban.

Con todo, el hombre se sintió contento de volver a verlos. Sabía que había dejado atrás Fabularia y que ahora volvía a encontrarse en el bosque humano, donde podría al fin comenzar su esperada misión.

Si todos los dragones que el viajero logró restaurar durante su misión hubiesen alzado el vuelo al mismo tiempo, la mañana se hubiera oscurecido por muchas horas, cubierta por miles de cuerpos susurrantes desplazándose por la suavidad azulada del cielo. Pero, como solo consiguieron volar en la tinta o en el aire con los que se forman las palabras, pocos advirtieron su presencia. Al menos esos escasos afortunados tuvieron la dicha de sentirlos agitar sus alas y crear vientos en su imaginación, lo que resultó ser incluso mejor.

Hubo muchas historias que el viajero no publicó. Gran parte de ellas fueron las que había reescrito para vestir a los dragones de otras personas con palabras más frescas, vívidas y relucientes. Esas tuvieron un único lector: el pastor. Al principio, el viajero se dedicó a contarle con su propia voz desnuda esos cuentos y esas antiguas historias de

dragones que él siempre había considerado dignas de Fabularia. Sin embargo, las emociones del niño se le traslucían con tanta intensidad en su rostro cuando lo escuchaba que el hombre se decidió a enseñarle a leer el lenguaje humano y, en particular, la lengua con la que él escribía todas sus obras. Quería que el chico experimentara la calidez e intimidad de la lectura silenciosa y solitaria y que solo esas páginas amarillentas, crujientes como hojas de árboles, contemplaran las expresiones de su semblante.

Desde ese momento, aun cuando el viento se encargó de que las narraciones del viajero se pasearan para siempre por el valle, se podía ver a menudo al pastor sumergido en silencio en las letras de algún libro humano, dejando que las historias y sus soberbios dragones se desplegaran en su corazón.

Pero de pronto un grito, o una risa o un sollozo, rompían la quietud de los alrededores. Los dragones que estuvieran aún bajo la tutela del niño se volvían hacia él entonces, curiosos por su reacción. Si el viajero estaba a su lado, en cambio, sonreía: gritar, reír o sollozar eran las únicas expresiones posibles ante un viejo amigo que hubiera hecho del libro su morada y del alfabeto sus huesos.

Así pasó el tiempo, mucho más de lo que hubiera podido soportar un humano convencional. Pero el viajero no lo era: había sido bendecido por el Creador y portaba aún una misión de Fabularia que cumplir.

En ese lapso, nuevos dragones resquebrajaron los huevos de donde habían venido, nuevos dragones emprendieron su último vuelo desde el risco del valle. El niño llegó a conocer todas las historias del mundo humano en las que yacieran dragones: o el viajero se las había contado o se las había entregado bajo la forma de libros. Hasta que pasó que toda vez que un humano estampara el vuelo o la llamarada de un nuevo dragón en una hoja, ahí estaba el viajero, guardián del fuego y de los acertijos, con el corazón ansioso por entregarle la naciente historia al pastor. Después su labor ya no fue necesaria, pues los escasos escritores y lectores de dragones que quedaban habían conseguido preservar por su cuenta su imaginación pura, a salvo de los requiebros del mundo en el que vivían.

La misión del viajero había concluido.

—¿Y ahora qué? —le preguntó un atardecer al niño, que, presintiendo la importancia de la pregunta, apartó el libro de sus ojos y se quedó mirando con atención al hombre—. ¿Qué será de mí ahora, que he terminado mi misión? No tiene sentido que regrese a mi mundo, porque solo lo haría para morir tan pronto el Creador me retire la gracia de la longevidad. Pero tampoco puedo quedarme aquí: después de todo, he sido solo un ser humano, un escritor, un viajero.

El viajero miró unos instantes su cuerpo: el cuerpo aún firme de un hombre por el que no hubieran pasado los terribles azotes de las décadas. Un cuerpo que, sin embargo, estaba ajado en lo más profundo de su espíritu y al que, a pesar de todo, quería como solo puede quererse a algo que nos ha acompañado toda la vida.

—Lo voy a echar de menos —murmuró apenas, más para sí mismo que para el niño, aunque este logró escucharlo.

—Oh, no lo creo. Vas a poder volar y expulsar fuego. Conservarás las palabras y las historias, por supuesto. Y los recuerdos. No veo qué más pueda necesitar un humano en su paso a la trascendencia.

El viajero pensó en el mundo de donde venía y se asombró al descubrir que el niño parecía tener razón. Le bastaba con el lenguaje, que había sido lo único verdaderamente suyo, y con su memoria de aquellas visiones o experiencias demasiado dulces como para perderlas.

En el fondo, nunca se había sentido parte del mundo humano. Siempre había estado solo, siempre había anhelado una felicidad y una tristeza más grandes que la vida, siempre había buscado algo que nadie habría podido entender. Todo lo que le faltase aún por vivir lo encontraría en Fabularia, al lado del niño pastor y bajo la forma de lo que siempre había amado, la única posible ahora para un ser como él.

Como impulsado por una orden que hasta entonces hubiera conservado en su interior, el viajero se arrodilló ante el niño con los ojos cerrados y este le depositó su mano sobre la nuca.

Una palabra extraña, que sabía a petricor en la boca, sonó entonces como una caricia en la mente del hombre.

—Has encontrado tu nombre verdadero —dijo el pastor—. Ahora al fin serás lo que siempre has amado. ¡Levántate!

Cuando el viajero se alzó y abrió los ojos otra vez, el mundo parecía haber cambiado a su alrededor.

«No, no es eso: he sido yo el que ha cambiado».

—Amados dragones, ¡vengan a saludar a su nuevo compañero! Ha nacido del huevo más extraño: el de la cáscara humana.

Los dragones se acercaron ante el recién llegado y lo saludaron con reverencia. Sabían que, a diferencia de ellos, el nuevo dragón no tendría que marcharse jamás de Fabularia.

—*¿Y ahora?*

El nuevo dragón se estremeció: de modo que esa era su voz. Voz de lluvia, de fresca tierra humedecida por un llanto nacido de la más intensa dicha.

—Ahora estaremos juntos —respondió el niño, riendo y acariciándole las escamas azules como el océano—. Y Fabularia será aún más hermosa.

El nuevo dragón se acomodó entonces junto al pastor y a las otras criaturas para contemplar las últimas tintas del atardecer derramarse por el cielo y la superficie del mar.

Una última pregunta, a medio camino entre la curiosidad humana y la vanidad dragonil, se le apareció junto a las primeras sombras de la noche: ¿quién contaría su historia?

Biografía

Paula Rivera Donoso (Viña del Mar, 1987). Escritora e investigadora Fantasista, Magíster en Literatura y Diplomada en Literatura Infantil y Juvenil. Ha publicado la novela La niña que salió en busca del mar (2013), la antología El musgo en las ruinas (2018) y cuentos en diversas compilaciones de ficción imaginativa.